

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LA POLÍTICA Y DEL ESPÍRITU

Año V : : : Número 207 : : : Madrid, 12 de octubre de 1946 : : : Aparece los sábados : : : Precio: 1,50 pesetas

COLABORACIONES ESPECIALES

de Framis, Rodrigo Añazar, C. Medrano, Blanco Tobío, F. Soria, Angel M. Pascual, Eugenia Serrano, G. García Narezo, Cabezuado, Astreín, Río Sáinz, A. Colaleda, Pedro de Lorenz, Alexis Carrel, Gutiérrez Durán, Hoyos Sancho, Iglesias Selgas, Julián Ayesta, Romero y Suárez Caso.

12 de octubre

Por RICARDO MAJÓ FRAMIS

No se nos tachará de un excesivo provincialismo de la Historia si decimos que en el primer viaje de descubrimientos de Colón—el más alto suceso de los siglos después de la Pasión y Muerte de nuestro Señor, como escribe Góngora al comienzo de su libro—se observan, vistas con esa crítica del después, que es algo más que burlesca proyección de lo ya ocurrido, una buena porción de circunstancias que parecen predestinadas. La crítica posterior halla el empuje donde la visión contemporánea no podía descubrir más que el estallido unitario de la luz.

El 25 de septiembre, Colón decide rectificar el rumbo nordeste que llevaba la armada. Posiblemente lo hace a sugestión de Martín Alonso, mas con el dictamen conforme de los pilotos Sancho Ruiz, Bartolomé Roldán, Per Alonso Niño y Vicente Yáñez. No hay constancia de una seguridad igual en el consejo por parte de otros. El rumbo nordeste conducía a las naipes directamente a la América septentrional, hacia las costas de las Carolinas o de Virginia. Colón buscaba el Catay, es decir, la China; buscaba el Continente. América fue la interpretación de un hallazgo no sospechado. ¿Qué determina para el futuro ese cambio de rumbo? Nada menos que esto: la empresa hispana en América tenía un porvenir obstinadamente austral. El Norte parecerá vedado para la colonización y conquista española, y ya será el predio acordado de los Cabot, los Verrazano, los Raleigh.

Así observado, el 12 de Octubre no es solamente el arco auroral tendido sobre el mundo, por debajo del cual van a pasar en tropel muy pronto todos los cortejos humanísticos—no se sabe a estas alturas si lo que el hecho físico y político convalida es el hecho cultural—, y así una fecha de primario valor universal, sino también una fecha efímera—mente fundacional para los hispanos, al igual que a las Lucayas, y precisamente a Watling, o San Salvador, y contemplar desde la noche del día 11 aquella lumbre oscura, que pasa como una aurora de la distancia lejána o un movido fuego jafuo por la distancia boscosa, que no se ve, y se adivina, ya crezca hispanidad en cuanto hecho cultural diferencial, ya hace a una etnia—no antropológica raza, que no las hay de esta laya por el mundo ya, sino de una cultura: España, y lo que de España deriva—. Por ello, el dar a este 12 de Octubre la calidad y alta resonancia de una Fiesta y día de la Raza, no es tener campanas de bronce, que con sus sonoridades están huecas, ni insular clarines, que levantan un trueno de oro espectacular sin intimidad pensadora. Es adherirse estrechamente, casi esotéricamente, a la verdad profunda del gran hecho conmemorado. Si, realmente, porque toda dilatada Historia comienza en el temblor de una hora como toda vida en el acamiento de una fundación, la hispanidad occidental comienza cuando a ras de la media noche se inicia el día americano del 12 de Octubre. Colón reúne sobre la cubierta de la Santa María a los marineros todos, al señor, Gonzalo Sánchez de Segovia, al digno Almirante, al piloto Ruiz, a Pero Gutiérrez, repostero de los estrados de Sus Altezas, que ha visto también la lumbre pasajera en la distancia, y todos en coro solemne y balbuceo, que es al par rezado hondo y epícnico de victoria, entonan un «Salve Regina», que tienen estupefactos, y arrojados también.

(Continúa en la pág. 11.)

POLONIA YA ES GARIBOLDI

Las milicias rojas incendian pueblos, matan en masa y deportan a la U. R. S. S.



Se "democratiza" y "pacifica" el país bajo el signo de Stalin, suprimiendo adversarios católicos y patriotas

En los últimos meses hubo elecciones en Yugoslavia, y vencieron en toda la línea los partidarios de Tito; elecciones en Checoslovaquia, y los comunistas lograron una gran mayoría; en Bulgaria para decidir la continuidad del régimen, y el infante-rey Simón fué expulsado, y un referéndum en Polonia, y su Gobierno declaró que una gran mayoría habíase mostrado de acuerdo con la tesis por él propugnada. En todos los países las consultas al pueblo se llevaron a cabo con los comunistas encaramados en el Poder y afianzados por millares de bayonetas bolcheviques o filobolcheviques. En los tres primeros citados los resultados fueron oficialmente admitidos por las potencias anglosajonas. En el último, tras ofiosas censuras en los primeros momentos, el 20 de agosto Estados Unidos e Inglaterra presentaron una nota en Varsovia en la que piden elecciones libres y recuerdan la censura y otras medidas registradas durante el pasado referéndum. En la misma expresan su disgusto por las medidas tomadas para impedir que el Partido Campesino se reuniera y funcionara normalmente, registrando graves irregularidades, como el encarcelamiento de dirigentes adversarios políticos del Gobierno polaco, la votación colectiva y pública de las fuerzas armadas y grandes parcialidades en el recuento de votos.

¿A qué se debe esta diferencia? A que Polonia es, de todos los países soviéticos, el que mantiene un mayor régimen de terror y en el que su Gobierno filosoviético es más impopular. Salvo los gobernantes, los jefes del Partido Comunista y los núcleos aristocráticos que median a su sombra, todo el resto del pueblo polaco está en contra del régimen impuesto por la U. R. S. S. Una pequeña minoría, abusando de la fuerza militar que los Soviets la han proporcionado, mantiene subyugada a la población polaca en grado y cantidad desconocidos en los restantes países europeos. En ningún otro, ni siquiera en la superlativa Yugoslavia, la represión ha sido tan dura, la persecución tan amplia y las medidas de rigor tan repetidas y continuas.

COMO DESAPARECIERON LOS PARTIDOS POLITICOS POLACOS

Para poder detentar, omnipotente, el Poder, lo primero que necesitaba el Partido Comunista polaco era anular los partidos tradicionales, de gran prestigio entre el pueblo. Había que evitar también que cualquier otro competiera con él el Poder y la Impulsera desarmar su plan. No podía pensarse en anular los otros partidos políticos, pues no desconocía que la existencia de un partido único en Polonia arrastraría una serie de dificultades en las relaciones internacionales con los anglosajones, que desearan para el pueblo polaco una democracia en pleno disfrute de sus prerrogativas.

El problema no era fácil de resolver; pero en su último viaje a Moscú, Beirut, presidente entonces del «Oomité de Lublin» y ahora jefe del Estado, se trajo la solución, recién sacada de los hornos del «Poliburo». Se decretó que todos los antiguos partidos polacos

debían ser legalizados, presentando una serie de pruebas y justificantes de su conducta. Los que no fueran satisfactorios, impedirían la autorización. De esta forma fueron anulados los dos partidos polacos más importantes. El primero, el «Partido Socialista» (P. S.), claudicó y dejó invadir sus puestos directivos por los comunistas, que hoy ocupan el ciento por ciento de sus cargos de confianza. Cosa muy similar ocurrió con el «Partido Campesino» (S. L.) (no el de Mikolajczyk, sino otro, de nombre parecido).

El cuarto, el «Partido Democrático» (S. D.), era conocido ya antes de la guerra por su

(Continúa en la pág. 11.)

«QUINCE ESTRELLAS» EN TORNO A MARTE

MME. CHIANG-KAI-SHEK



Mme. Chiang-Kai-Shek.

El genio y figura de esta mujer, frágil como una laca, feminista sin exabrupto, culta sin ostentación y dulce como el ciruelo, hay que hurgarlo en la sangre, en el hombre, en el «nobilia obliga» de una familia, en la belleza, por su talento y por su diletante, Tripode de oro sobre el que se montan, no las dinastías que se extinguieron, sino las que comienzan por las raíces de un joven tronco genealógico, regado por savia—sangre vegetal—azul.

La historia se complace en comenzar a veces como los cuentos. Cuando dentro de algunas generaciones el chino haga su leyenda sobre las grandezas y miserias de la familia Soong, podrá comenzar así: «Había una vez tres hermanas. Tres, como las hijas del buen rey Lear. Solo que en vez de Goneril, Regana y Cordelia, se llaman Ay-ling, Ching-ling y May-ling. Este es el nombre de la «ling» que suena como un «ling», dice el temple de cada Soong: Amante, Feliz y Hermosa, respectivamente. Las tres chinas, las tres educadas en Norteamérica y las tres metodistas.

La religión y la formación escolar, venían de la línea paterna. Carlos Jones Soong, el rey Lear chino, pasó de niño a los Estados Unidos, estudió con aprovechamiento en la «Vanderbilt University», la célebre institución fundada por Cornelio Vanderbilt y regresó a patria, dedicándose, entre otras cosas a la imprenta, a vender biblias. La belleza y la dulzura de las hijas, un poco felina, proviene de su madre, NI una gacela de Kiang-si. Así pues, los pequeños infantiles de las Soong están empapados con páginas de una muy noble teología. El mundo, para ellas, debía ser un termonio. El mundo, para ellas, debía ser un lugar, en el que los hombres vivían en la huida, donde no había biblias. Carlos Jones Soong, que disfrutaba de una muy estimable fortuna, cuando sus hijas alcanzaban la primera edad escolar, las enviaba, como queda dicho, a Norteamérica. Ay-ling y Ching-ling, estudiaron en el Wesleyan College, en el metodismo, y May-ling, la mejor, en el Wesley College, el mejor instituto femenino del mundo.

Dinero, belleza y talento: Tres singulares dones en una señorita de la clase media china, secularmente obligada a la tierra, a trahinar en silencio o a quedarse inmóvil en un rincón como una mariposa disecada. También tres flancos descubiertos al talante antifeminista de los hombres, todavía con los zapatos nuevos de la República que trajó Sun-Yat-sen, padre de la patria, doblemente padre, incapaces de ver en la mujer otra cosa que una dulce esclava, amorosamente amarrada en las galeras del matrimonio.

Había, pues, en las Soong, calidades suficientes para decaer en la joven China, por sí solas, pontificando a la cabeza del florecido occidentalismo que hace algunos años se puso en marcha, estimulado y fomentado por la agresión japonesa. Pero sus hijas, que por una secreta armonía prestablecida, iban a unirse al destino de los tres más grandes hombres que ha tenido China en la historia contemporánea, hasta el punto de que ésta se agota casi íntegramente en los tres matrimonios. Hay que volver a los Cecil, a los Oxford o a los Churchill, esas ilustres familias que cada cincuenta años dan un primer ministro, un mariscal y un délin, para encontrar algo parecido a esta dinastía laica de los Soong.

El primero de los claros varones de China, Sun-Yat-sen, fundador de la República, venido como un buda en el siglo, galante, suave, resplandeciente, a Ay-ling y a Ching-ling, que, en épocas distintas, fueron sus secretarías. Ay-ling, no obstante, le rechazó para casarse con el Dr. Kupe, hombre inmensamente rico, descendiente de Confucio y llamado a la carrera política, entre otras cosas, por razones de parentesco. Llegando a desempeñar el cargo de primer ministro. El sabio y honorable Sun-Yat-sen halló consuelo a sus calabazas, cortando, amarrando y casándose con Ching-ling, la hija íntima de patriotismo, de republicanismo, que veía en su marido un legado para el porvenir de China, al que había que castigar como a un oráculo. Muerto el padre de la República, consagró su vida, como una vestal, a mantener el fuego sagrado de las ideas de Sun-Yat-sen, extraviándose en todos

(Continúa en la pág. 11.)

MEMORIAS DE BADOGLIO

ASUNTOS MILITARES

LA línea de conducta estratégica seguida por los anglosajones en Italia ha sido objeto de vivas discusiones y críticas, no siempre muy justificadas. No es de extrañar que haya ocurrido eso, porque en todos los tiempos y en todas las naciones ha sido siempre una dolencia casi general el «dilettantismo» estratégico.

Muchos, y aun pudiera decir muchísimos, daban la culpa al Mando Supremo aliado por no haber elegido como zona de desembarco cierta extensión de nuestra costa al norte de Roma. Pero quienes hacían esta crítica carecían de los conocimientos de un hecho que destruye aquella opinión: Los aliados tenían la necesidad absoluta de disponer de una protección aérea constante y poderosa de su convoy naval durante la navegación y una vez hubiesen fondeado las naves. Y como quiera que esta protección no quedaba suficientemente garantizada por los aparatos que llevaban los portaaviones, era indispensable que completaran los aviones de caza de bases en los aeródromos de Sicilia. La autonomía de esos aparatos no les permitía llevar a cabo una acción eficaz y de conveniente duración por encima del paralelo de Nápoles, y por consiguiente la elección del punto de desembarco recayó como precaución adicional en Salerno, que ofrecía, por otra parte, una base conveniente para la operación.

Por lo tanto, no debe considerarse error estratégico la elección de Salerno. A mi juicio, el error, y muy grave, fué el haber elegido Sicilia como primera ocupación aliada. La invasión peninsular italiana, obligó a los aliados, según se demostró más tarde, a avanzar con grandes fatigas a lo largo de toda Italia.

Otras posibilidades y un radio de acción mucho mayor habrían alcanzado los aliados escogiendo Sicilia. Basta fijar la mirada en el mapa de Italia para convencerse de la evidencia de su afirmación. La ocupación de Cerdeña no ofrecía a los aliados dificultades navales y terrestres superiores a las que hubieron de vencerse en Sicilia. Y los servicios de información debían haberles dado la seguridad de que Cerdeña estaba bien preparada para recibirlos.

Un desembarco entre Olivivecchia y Lioni habría puesto a los aliados en condiciones de amenazar seriamente a las fuerzas adversarias situadas en la Italia meridional. Además, en Cerdeña había buenos aeródromos como base de su caza de protección. Pero, aun aceptando como hecho consumado la ocupación de Sicilia, no se puede afirmar que las sucesivas operaciones aliadas sean una representación modelo de la acertada dirección de una campaña. En el aspecto estratégico hubo un error importante, y otros más numerosos aún en el táctico. No debe interpretarse mal esta afirmación mía, ni con ella que la dirigieron. El error estratégico fué la falta de coincidencia entre el tiempo y la acción del VIII Ejército (Montgomery), que desembarcó en la punta extrema de Calabria, y el Ejército (Clark), que efectuó el desembarco en Salerno. El VIII Ejército se encontró a excesiva distancia del V Ejército, de manera que no pudo prestarle ningún auxilio en la fase crítica del desembarco. Tampoco el VIII Ejército podía tener la esperanza de atraer a numerosas fuerzas enemigas a su frente, porque éstas no eran tan ingenuas como para dedicar gran número de tropas a aquel terreno montañoso y escabroso.

(Continúa en la pág. 11.)

EL 5 DE OCTUBRE DE 1944 SE RINDIO, TRAS SESENTA Y CUATRO DÍAS DE LUCHA Y VARIOS SIN PAN NI AGUA, EL «EJERCITO SECRETO» POLACO QUE SE LEVANTÓ CONTRA LOS ALEMANES. HABÍA SUCUMBIDO PORQUE EL MARISCAL RUSO ROKOSSOWSKI NO QUISO AVANZAR 200 METROS PARA AYUDARLE. LA FOTOGRAFIA MUESTRA UNA COMPAÑÍA DESFILANDO, DESPUES DE LA CAPITULACION, ANTE SU JEFE, EL GENERAL BOR KOMOROWSKI, QUE CORRESPONDE AL SALUDO CON EL SOMBRERO EN LA MANO. LOS QUE SON CONSIDERADOS HEROES POR TODO EL MUNDO SE HALLAN PERSEGUIDOS POR EL GOBIERNO POLACO, QUE LOS HACE DESAPARECER O LOS DEPORTA A RUSIA, ACUSANDOLES DE «NACIONALISTAS» Y «CATOLICOS», LOS DOS GRANDES DELITOS PARA LOS SOVIETS. ELLO ES EL SELLO DE LA DEMOCRATIZACION Y PACIFICACION QUE LOS GOBERNANTES POLACOSOVIEVICOS HAN INTRODUCIDO EN POLONIA.

ALEMANIA, CLAVE DE LA OFENSIVA SOVIETICA CONTRA OCCIDENTE



ALEMANIA ha llegado a ser hoy, en plena derrota, el centro del interés mundial. Las grandes potencias vencedoras se debaten en el caos de la postguerra y dejan al descubierto los fines políticos que cada una persigue, es cuando verdaderamente han perdido darse cuenta y percibir lo que Alemania representa en el futuro europeo y, aún más, en el porvenir de Occidente.

La disputa está entablada hoy por el trato que habrá de darse al vencido, y tanto como otros, anglosajones y eslavos, brindan sus proyectos de ayuda, más o menos sinceros, para la más rápida reconstrucción de Alemania. Por los anglosajones se preconiza la unión económica de las zonas de ocupación, atendiendo a los principios acordados en Potsdam, principios que tan rápidamente olvidó Rusia para adelantarse en su propósito de sovieterización sin esperar a que Alemania, considerada en su conjunto, arrojará un superávit exportable para retirar mercancías y materias primas en concepto de reparaciones.

Las propuestas y planes anglosajones, sus llamadas y recordatorios de los principios de Potsdam, cayeron para Rusia en el más completo vacío. El gobierno militar y el ocupación tuvo que asegurar que esta política antirrusa y de desacuerdo seguida en Alemania habría de conducir necesariamente a

(Continúa en la pág. 11.)

CARTAS DE INGLATERRA

Por JULIAN AYESTA

en la página 12.

¿POR QUE A LA APARICION DE UN LIBRO NO SE LE PRESTA LA MISMA ATENCION QUE A UN ESTRENO TEATRAL?

en la página 5.ª contestan a esta encuesta los conocidos escritores

WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ

y JUAN ANTONIO ZUNZUNEGUI

PRODUCCION ESPAÑOLA DE ACEITE

Media 1931-35: 3.526.000; año 1945: 1.893.000

SEGUN los datos insertos en el «Avance Estadístico de las Producciones agrícolas», publicado por el ministerio de Agricultura, ofrecemos el presente comentario acerca de la producción del olivo.

La superficie oleícola cultivada en el último decenio es la siguiente:

Superficie. Cientos de hectáreas.	
Año 1935	19.211
Media 1939-43	19.541
Año 1944	19.666

La superficie cultivada ha experimentado, pues, un ligero aumento en los últimos años. El olivo no se produce en Galicia, Santander ni Asturias, y apenas representa producción en Canarias y las provincias Vascongadas. Es escasa también en Castilla la Vieja, León, Navarra y Logroño.

La provincia con mayor extensión cultivada es Jaén, con 331.800 hectáreas en 1944. La siguen Sevilla, con 253.000 hectáreas; Córdoba, con 249.800, y Badajoz, con 125.600. A continuación, Ciudad Real, Tarragona, Murcia y Toledo.

PRODUCCION DE ACETUNA

Las cifras de producción de aceituna para verdeo en los últimos años aparecen reflejadas en el siguiente cuadro:

Producción. Quintales métricos.	
Media 1931-35	238.000
Media 1939-43	399.000
Año 1944	448.000
Año 1945	410.000

Existe, pues, un aumento de producción con respecto a la cifra de hace diez años, aumento que alcanza su máximo en 1944, para descender en el pasado año.

Las provincias con mayor producción de aceituna son: Sevilla, y a gran distancia de ella, Jaén y Málaga. A continuación detallamos las cifras de producción de estas provincias en los últimos años:

SEVILLA

Producción. Quintales métricos.	
Media 1931-35	54.000
Media 1939-43	222.000
Año 1944	315.000
Año 1945	280.000

JAEN

Producción. Quintales métricos.	
Media 1931-35	5.000
Media 1939-43	35.000
Año 1944	29.000
Año 1945	28.000

MALAGA

Producción. Quintales métricos.	
Media 1931-35	2.000
Media 1939-43	9.000
Año 1944	13.000
Año 1945	16.000

Siguen en la cuantía de la producción, en el año 1945, Badajoz, Cáceres y Córdoba, con 10.000 quintales métricos.

PRODUCCION DE ACEITE

Las cifras de producción de aceite correspondientes a los años en estudio son las que aparecen en el siguiente cuadro:

Producción. Quintales métricos.	
Media 1931-35	3.526.000
Media 1939-43	3.054.000
Año 1944	2.753.000
Año 1945	1.893.000

Observamos aquí un descenso en la producción que alcanza sus caracteres más alarmantes en el pasado año.

Las provincias de mayor producción de aceite son Jaén, con cerca de una tercera parte de la totalidad de la producción, y Sevilla y Córdoba. Siguen en importancia productiva las provincias catalanas Lérida y Tarragona. Insertamos a continuación los cuadros de producción de estas provincias en los últimos tiempos:

JAEN

Producción. Quintales métricos.	
Media 1931-35	841.000
Media 1939-43	809.000
Año 1944	766.000
Año 1945	290.000

SEVILLA

Producción. Quintales métricos.	
Media 1931-35	384.000
Media 1939-43	430.000
Año 1944	220.000
Año 1945	293.000

CORDOBA

Producción. Quintales métricos.	
Media 1931-35	528.000
Media 1939-43	525.000
Año 1944	378.000
Año 1945	221.000

LERIDA	
Producción. Quintales métricos.	
Media 1931-35	123.000
Media 1939-43	94.000
Año 1944	145.000
Año 1945	165.000

TARRAGONA	
Producción. Quintales métricos.	
Media 1931-35	140.000
Media 1939-43	145.000
Año 1944	217.000
Año 1945	88.000

Según las anteriores cifras, observamos cómo la producción en Jaén, máxima provincia aceitera de España, decreció en el pasado año casi dos tercios partes con relación a la media del período 1931-35. Sevilla no tuvo un descenso tan pronunciado, consiguiendo en 1945 superar la producción de Jaén. Las restantes provincias acusan la deficientísima cosecha del año pasado, cuyas consecuencias estamos padeciendo en la actualidad.

Las demás provincias han recogido en 1945 las siguientes cantidades:

Producción 1945. Quintales métricos.	
Alava	1.000
Albacete	11.000
Alicante	16.000
Almería	7.000
Ávila	2.000
Badajoz	76.000
Baleares	4.000
Barcelona	13.000
Burgos	—
Cáceres	101.000
Cádiz	23.000
Castellón	33.000
Ciudad Real	35.000
Córdoba	221.000
Coruña	—



Cuenca	5.000
Gerona	8.000
Granada	81.000
Guadalajara	23.000
Guipúzcoa	—
Huelva	26.000
Huesca	13.000
Jaén	290.000
Las Palmas	—
León	—
Lérida	165.000
Logroño	6.000
Lugo	—
Madrid	6.000
Málaga	115.000
Murcia	21.000
Navarra	12.000
Orense	—
Oviedo	—
Palencia	—
Pontevedra	—
Salamanca	3.000
Sta. C. de Tenerife	—
Santander	—
Segovia	—
Sevilla	293.000
Soria	—
Tarragona	88.000
Teruel	42.000
Toledo	55.000
Valencia	14.000
Valladolid	—
Vizcaya	—
Zamora	1.000
Zaragoza	33.000
Total	1.893.000

OTROS DATOS (1)

En circunstancias normales, España produce aceite suficiente para su consumo y aún dispone de un exceso para una considerable exportación. Los países principales compradores de nuestro aceite son Italia, Argentina, Cuba, Uruguay y Estados Unidos. El volumen de nuestra exportación aceitera queda reflejado en el siguiente cuadro:

Años. Quintales métricos.

1920	536.930
1921	319.631
1922	341.492
1923	404.594
1924	505.058
1925	499.706
1926	821.755
1927	524.330
1928	1.193.853
1929	513.704
1930	864.302
1931	935.090
1932	599.202
1933	477.529
1934	350.255
1935	667.580
1936	169.648
1937	289.652
1938	80.350
1939	55.724
1940	43.200

VALORACION DE LA PRODUCCION DE ACEITE

El valor de la producción del olivo en los últimos años queda expuesta en el siguiente cuadro:

Media 1931-35	595.300.000 ptas.
Media 1939-43	1.328.100.000 »
Año 1944	1.372.800.000 »

Aún no se tienen datos del año 1945, en que la cifra de producción sufrió un descenso tan acusadísimo.

La cifra, como puede observarse, más alta de exportación se dió en el año 28, en que casi se duplicaron las cantidades normales. En los últimos años, a partir de nuestra guerra, el volumen de exportación se redujo en gran manera.

Las fábricas españolas de aceite de oliva están residenciadas en las provincias productoras: Sevilla, Córdoba y Jaén, en Andalucía, y Tarragona, Reus y Tortosa, en Cataluña. Las almazaras o molinos aceiteros son abundantísimos, así como las refineras de aceite.

El aceite de orujo, subproducto del de oliva, se emplea en fines industriales. Se elabora principalmente en las fábricas de Alcalá de Guadaíra, La Luisiana, Ecija y Utrera, de Sevilla, y además en Córdoba, Tortosa, Málaga, Alicante, y Valencia de Alcántara.

La industria del jabón, derivada del aceite, es de prestigioso abolengo. Así, los llamados jabones de Castilla, a base de aceite español, tienen un crédito universal.

El consumo del aceite de oliva en España se calcula, incluyendo su utilización en las industrias derivadas, en unos nueve a doce kilogramos por habitante y año en época normal, cifra que ascendió a trece en inmediata anterioridad a nuestra guerra. El número de comercios dedicados a la venta de aceite se acerca a los 50.000, de los cuales cerca de 4.000 corresponden a Barcelona y 2.500 Madrid.

El número de empresas censadas actualmente en cada uno de los ciclos del aceite se distribuye así: productores, 672.549; fabricantes, 14.230; almacenistas, 1.167. Unidas estas cifras a los

EL PARO OBRERO

Actualmente es un 19 por 100 inferior al de 1936

Cinco millones y medio de colocaciones en siete años

REPRODUCIMOS del magnífico «Boletín Sindical de Estadística», modelo de publicaciones de este tipo, que aúna la seriedad rigurosa del dato con la máxima claridad expositiva, y que tantas veces hemos de citar con entusiasmo en nuestros trabajos, un comentario preciso y documentado acerca del movimiento laboral en 1945.

La actuación del Servicio Nacional de

Enquadramiento y Colocación durante el año 1945 queda expuesta en el siguiente cuadro, que refleja el desarrollo del movimiento laboral en España de enero a diciembre de dicho año:

MESES	Paro anterior	Demandas	Altas extralaborales	Colocaciones	Bajas extralaborales	Paro final
Enero	153.522	36.668	24.540	49.948	14.396	150.396
Febrero	150.396	29.052	27.115	35.377	20.598	150.488
Marzo	150.488	35.253	20.323	41.000	18.351	146.713
Abril	146.713	30.361	16.603	41.651	20.468	131.558
Mayo	131.558	31.413	14.522	40.463	13.789	123.241
Junio	123.241	44.088	23.722	50.536	12.578	127.937
Julio	127.937	38.244	18.228	33.156	7.682	143.571
Agosto	143.571	44.308	21.804	53.380	7.704	148.599
Septiembre	148.599	41.844	17.302	47.266	7.769	152.710
Octubre	152.710	44.803	18.985	43.734	8.676	164.088
Noviembre	164.088	43.131	24.394	50.376	8.939	172.298
Diciembre	172.298	19.709	8.852	27.138	9.962	163.759
...Totales acumulados...		438.874	236.390	514.025	151.002	

(Bajo el concepto de «altas extralaborales» se incluyen: los inscritos antes del 5 del mes anterior; las procedentes de otras provincias; las procedentes de aprendices; los desmovilizados; los que han cambiado de profesión; los que por vez primera trabajan en profesiones liberales o manuales. Bajo el concepto

de bajas extralaborales se incluyen: las bajas por rectificaciones del censo; las originadas por traslados de provincias; las de cambio de profesión; las de enfermedad, etc.)

Del estudio del cuadro anterior se deducen las siguientes conclusiones:

1.º Ascenso del paro con relación al

año anterior, aumentado al cerrar el actual en 10.237 unidades.

2.º Correlación de las fuerzas que actúan en el paro.

3.º Influencia del paro estacional, describiendo, en general, una curva, que alcanza su mínimo en mayo, y su máximo, en noviembre. Aquí debemos observar cómo dicha curva comienza a ascender prematuramente, debido, sin duda, a la influencia que ha ejercido este año sobre el paro la mala cosecha cerealista.

4.º Importancia del movimiento extralaboral, producido por causas ajenas a condiciones del trabajo, lo cual expresa cierta desidia de empresas y productores en acudir a las correspondientes oficinas de colocación, y que demuestra, una vez más, la ineludible necesidad de dotar a las mismas de cierta fuerza coercitiva, en estrecha colaboración con las Inspecciones de Trabajo.

Es preciso hacer constar también la falta de actividad que caracteriza a nuestro censo de parados, compuesto en su mayor parte por personas de deficientes aptitudes físicas y profesionales, que dificultan e incluso imposibilitan las posibilidades de su colocación, unido al mismo tiempo a un gran número de vagos e inadaptados, que buscan con la posesión del carnet de parado el disfrute de los beneficios sociales que la actual legislación les concede.

FORMULA DEL PARO

La expresión literaria de la «fórmula del paro», a final del período que se considere, es la siguiente:

Paro al final del período es igual al paro al principio del mismo, más el movimiento acumulado de demandas y altas extralaborales, menos el movimiento acumulado de colocaciones y bajas extralaborales.

Por consiguiente, si nos referimos, por ejemplo, al movimiento que registra el cuadro anterior, o sea al del año 1945, el paro al final del mismo vendrá expresado por la siguiente igualdad:

Paro al final del año (163.759), igual al paro al comienzo de dicho año (153.522), más demandas (438.874), más altas extralaborales (236.390), menos colocaciones (514.025), más bajas extralaborales (151.002).

Si aplicamos esta fórmula al período diciembre de 1938-diciembre de 1945, el paro y movimiento registrado durante este período vendrá expresado de la siguiente forma:

Paro en 31 de diciembre de 1938	78.251
MAS	
Demandas	6.004.945
Altas extralaborales	1.205.743
Suma	7.210.688
Suma	7.288.939
MENOS	
Colocaciones	5.684.532
Bajas extralaborales	1.440.642
Suma	7.125.174
Diferencia	163.765

IGUAL al paro en 31 de diciembre de 1945.

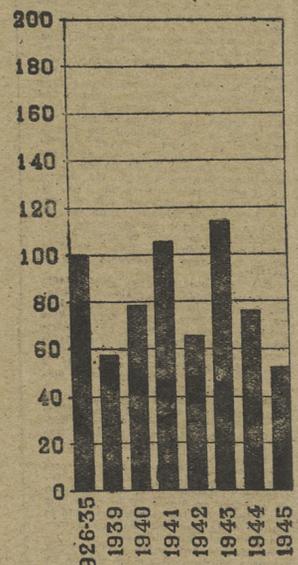
Por las cifras consignadas se demuestra la actividad desarrollada por las oficinas de colocación al efectuar en el período mencionado de diciembre de 1938 a diciembre de 1945, o sea en siete años, cinco millones seiscientos ochenta y cuatro mil quinientas treinta y dos colocaciones.

PARO ACTUAL, COMPARADO CON EL DE 1933-36

En el gráfico que reproducimos, el cual representa el paro obrero durante el período 1933-1945, se observa un ascenso gradual en los años 1934 y 1935, que culmina en febrero de 1936 con 843.872 parados, cifra máxima registrada en España.

Comparando esta cifra de paro anterior a nuestra Cruzada con las actuales, observamos que el paro registrado a finales del año 1945 representa el 19 por 100 del existente en febrero de 1936. Esto permite mirar con optimismo este problema, ya que a pesar de encontrarnos en el año 39 con una España arruinada, recuperándonos poco a poco merced a generosos esfuerzos, en lucha constante con las dificultades impuestas en el comercio exterior, se ha conseguido que nuestras cifras de paro a finales del pasado año alcancen solamente el 1,573 por 100 de la población activa, la cual se cifra en el 40 por 100 de la población total del último censo; cifra muy por bajo de las registradas por países de mejores condiciones económicas.

ACEITE (Qm)



50.000 comercios aceiteros, dan un total de 736.994 industriales y comerciantes de aceite.

La política proteccionista del aceite de oliva culminó en una disposición de 1926 que prohibía el consumo y la importación de aceites vegetales y de semillas oleaginosas. Entre otras medidas se decretó el cierre de un considerable número de fábricas de aceite de cacahute, establecidas la mayor parte en Valencia. La crisis aceitera de nuestra postguerra modificó este criterio y hoy vuelven a funcionar algunas fábricas de aceites de semillas.

F. SORIA

(1) Los siguientes datos están tomados de la excelente «Síntesis de la Economía española», de Fuentes Irujoqui, recientemente publicada.

A Manuel de Falla, abandonado, allá en América.

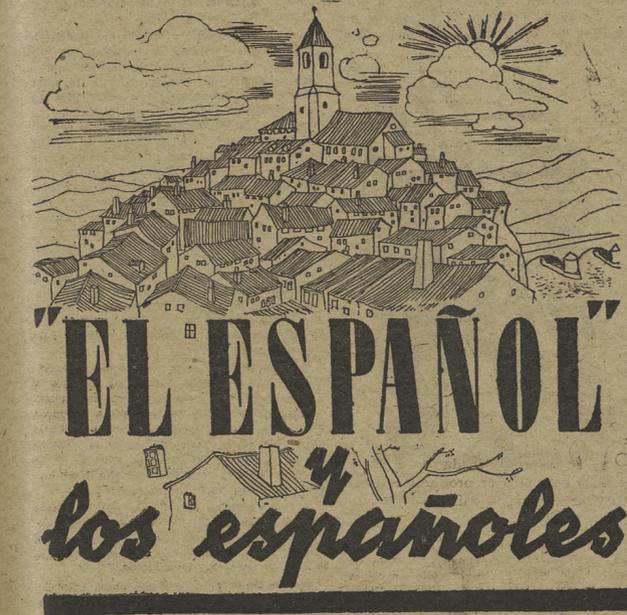
Si es preciso, necesario, reanudar los lazos que lleven a América nuestro pulso, nuestro auténtico y más profundo latido artístico. Queramos o no (que si queremos), España y «su América» se necesitan mutuamente, y el espíritu de cualquiera de ellas adquiere inevitable resonancia a un lado y otro del Océano. Es la voz de la sangre, la fuerza de la sangre que tira, dulce e inexorablemente, a través del tiempo, de ellos y de nosotros, convirtiendo la distancia en acicate, el mar en sendero ansiosamente oteado y el ancho cielo en camino de ondas mensajeras.

Por ello y por muchas cosas más (porque estuve en América y sé cuán desconocida para la generalidad ha sido siempre nuestra España) me parece excelente la idea de llevar algo de nosotros a tierras argentinas; nuestra música en este caso.

Pues bien; ¡qué cosa tan extraña! Yo había soñado (y creo que fué un sueño, puesto que ni remotamente tiene nada

que ver con la realidad) con un gran teatro, quizás el Colón, y con unas carteleras en las cuales, con carácter de acontecimiento, apareciesen unos nombres: Manuel de Falla, Granados, Turina, Mompou, Rodrigo, Halffter..., y también los de unas bailarinas y bailarines de calidad, y también la referencia a nuestra mejor orquesta, nuestros mejores directores y nuestros más capaces intérpretes.

Pero si el sueño no se cumplió, al me-



Una dama en EL ESPAÑOL

Leonardo y su índice rumboso

Por sus humorísticas barbas, mi señor Leonardo, en qué lío le han metido los que le han buscado como santo, seña y patrón de una revista de las ideas de las formas. Usted, maestro, pulido e incansable amante de la perfección y la permanencia, tanto que, a puro buscarlo, por pasarse de listo, terminó consiguiendo que algunas de sus obras maestras sean poco más que borrones en el marco existencial de la Historia del arte; usted, tan puntilloso y caballero, tan amigo de exactitudes y geometrias, de rematar todo invariabilmente, ¡qué divina ante este índice que ha sido broche de oro del primer año de publicación de la revista homónima de usted?

Si, ¿qué pensaría de lo que, titulándose «de las ideas y las formas», no tiene ni idea ni de la formalidad ni de eso que llama la gente de bien formas sociales? Porque digame usted, maestro, si es normal el reparar títulos universitarios a boleo, quitárselos a quien los tiene, y si aumentar años a las damas y rejuvenecer instantáneamente a los caballeros tiene que ver algo no ya con la cortesía, sino con la más elemental educación que repugna las mentiras, que además son desagradables.

Bueno; yo ya sé de la fama que le han hecho a usted, retratándole feo, ridículo y diminuto, emborronado en tinta azul sobre una portada vacía, ¡usted, el más bello amante de proporción y belleza! Es como para resultar de rabia y volverse a morir de asco otra vez. Pero si además de la portada le hubiera incluido en el índice, donde toda inexactitud y disparate tiene su asiento, ¿qué diría? ¡Como juraría y maldierne usted sobre majadero que le hizo en el más garbancoso castellano! ¡Qué sabrosas invectivas en su italiano alegre, renaucianista y nada timorato! Y con qué gusto le ayudaría yo a usted, mi señor Leonardo, en mi castellano, si no representativa, al menos también alegre y rumboso.

Pero nunca con tanto rumboso como el del índice de la revista Leonardo. Que ha querido hacer a todos sus colaboradores sabios, y a sus colaboradores, ya que no sabios, viejas. Si viera usted a los que no tienen ni el bachillerato convertidos en universitarios, y a los que cursan primer año de carrera, convertidos ya en licenciados y doctores. Y el llamar a uno—quizá porque el botarate manipulador del índice tomó café con él—el mejor pensador de la literatura Creaturas—como se puede ser afiliado al S. E. U. o a la Asociación de Padres de Familia... y al de más allá adscrito. ¿Y el hablar de Juanramonismo, y de lorquismo, pero entrecorrido? ¡Oh, términos nuevos y preciosos! ¿Y convertir a un Antonio en Manuel, y a una Florentina del Mar en Florentina de Reposo? Porque no sólo con la Universidad, sino hasta con el crisma bautismal se atreve este buen Leonardo, que no tiene nada que ver con usted, maestro.

Claro que si a uno le regaló la licenciatura en Exactas, a otro de doctor le convirtió en profesor; pareciéndole, sin duda, que el ser catedrático de Filosofía romana en la Universidad de Madrid tiene menos importancia que ser «... profesor de Filosofía e Historia de la Literatura...»

Bien es verdad que entórrate tanta sorprendente noticia, encontramos demencias conmovedoras, como la de «meritísimo exegético», «entusiasmado propugnador», «epoesía civilizada» de la «Benemérita», «... «épica revista», «tradición orteguiana» ¡qué viejo y requetemuerto le hacen a usted, don José!... Pero, ¿a qué seguir buscando perlas?

Con las mujeres, en cambio, ha sido tan galante—¡qué subconsciente hay en tanta mentira y encanto!—, que nos ha añadido a todas ellas, los más que quité a los varones. A la que vió la luz más allá del año diez le hará hacer a principios de siglo, y a su mayor o contemporáneo varón le llamará «Joven».

Personalmente tengo que agradecer al fino conector del índice que me ha hecho hacer en la tierra de María Santísima. Mil gracias, informado colega—si su talento concienzudo y sutil le permiten ser colega de alguien—, pero yo no soy andaluz, sino madrileño, y de Chamberí. ¿Estamos? No tiene usted más motivos para mi andalucismo, que el ahincarse desde hace siglos en ascendencia paterna—estoy escribiendo casi tan ampuloso como usted, mi desconocido... exegético en Guadix. Pero en este caso también puedo ser catalana, por haberlo sido en Cataluña, desde hace casi idénticos

siglos, a la rama materna. Así es que lo mejor será que se deje de líos y ponga lísa y verdicilmente madrileña. Y si se empeña en meterse en andalucismos, ponga seriedad u originaria de Guadix, la palabra que le parece más fea y por tanto digna de ser rebuscada. Pues no hay que olvidar que en Geología hay un guadix-formación, creo que único en el mundo; y en otras cosas, como raza, costumbres y temperamento, son también únicos y distintos del resto de Andalucía y de España los aborígenes de Guadix. No sé si para mal o bien de ellos.

Por lo que he de darle aún más gracias es por haberme hecho nacer no sólo donde no nací, sino, milagrosa y anticipadamente, muchos años antes de que mis padres se conocieron. Pues se vieron por primera vez—en su vida—al final de esa guerra del 14 que usted llama... «la otra guerra». Pero, repito, mil y mil gracias por esos ocho, diez o catorce años que usted me regala haciéndome nacida poco antes de la otra guerra, y por tanto rigurosa o vagamente contemporánea de Juan Ramón Masoliver, escritor culto, inteligente y que siempre sabe encontrar donde se comen los mejores canelones de Barcelona.

No me extraña que, después de tanta gentileza, se le hayan olvidado mis tres libros—en total, unas modestas mil y pico páginas—en la reseña bibliográfica; pues yo ya sé que tienen menos importancia que esos cuernitos tan monos, con diez sonetos—en edición para amigos—, que no sé por qué los poetas y usted se empeñan en llamar libros, sin que la crítica y el público se crean eso.

En correspondencia a sus atenciones, concienzudo confusionista, vaya un consejo mío. Para dar una ficha biográfica, pídale a usted siempre a los biografiados. Es lo correcto. Si desconfia, siempre le quedará el recurso de compulsarla en Registros y Archivos. Es lo mejor, cuando, como en mi caso, se trata de biografías.

En cuanto a usted, verdadero maestro Leonardo, ¿no le da pena que una revista que ampara su nombre y es de las formas, tenga tan poca formalidad? Mis sentimientos...

EUGENIA SERRANO

Jovial, pimpanté, elegante, flexible e imarcescible, ha descendido, pasarela abajo del «Cabo de Hornos», la nunca suficientemente ponderada figura del ilustre D. Jacinto (Guerrero), gran promotor de espectáculos artísticos, gesto y cigarro de financiero de altura. El ilustre maestro Guerrero regresa de la República Argentina trayéndonos la respuesta a la anterior pregunta. Estuvo allí cuarenta días, exactamente el mismo tiempo empleado «en illo tótempore» en meditación y ayuno.

Jacinto Guerrero, maestro insigne, no ha perdido sus horas en lo uno ni en lo otro; ha asistido a inúmeros banquetes y ha negociado; ha firmado ventajosísimos contratos y ha prometido volver para cumplir los compromisos contraídos y también, ¡oh maravilla!, para deslumbrar a los argentinos con la música española que se verá primaveralmente trasplantada a los escenarios porteños.

Las palabras del maestro fluyen rebosantes de modestia. A la pregunta de qué música española habrá de surgir ante las «conchas» y «baterías» de la capital del Plata, responde:

—Zarzuela grande. También «mías y de los demás».

Yo supongo (porque esto me parece poco) que, aparte de «sus zarzuelas» y «las de los demás», debería ofrecerse a los entendidos argentinos algo mejor, muchísimo mejor; por ejemplo, la milenaria obra que en el teatro Martín ha batido todos los récords de permanencia. ¿Por qué no? Si en Madrid ha conseguido atraer y entusiasmar a las nutridas avalanchas de forasteros que diariamente atruenan las estaciones ferroviarias, ¿cómo no suponer que en Buenos Aires ocurriría exactamente lo mismo?

Confieso mi admiración por el maestro. Confieso asimismo que mi admiración, ya existente desde aquellos tiempos en que de la mano de mis papás acudí a escuchar aquello de «Fiel espada triunfadora...», creció de punto últimamente. Fué en ocasión de sus bodas («de plata»), al cumplirse los veinticinco años de labor creadora; el motivo, unas declaraciones suyas a un re-



visor de la revista «Música», publicada en el número 14 de dicha revista, el 1 de junio de 1945.

Por ellas pude convenirme de su absoluta madurez en cuanto a música se refiere, y, ahora, de su total competen-

cia para la misión que le ha sido encomendada. Preguntósele entonces:

—¿Quiénes son sus músicos preferidos?

—Me gusta con locura Strauss. De los extranjeros prefiero a Rimsky-Korsakoff, Debussy y me entusiasma Ravel.

Y de españoles siento gran veneración por Falla, Conrado del Campo, Turina, y me interesa cada día más la labor del maestro Rodrigo. En general me gusta todo lo que está bien. No prefiero

escuelas. Considero que en arte todos son necesarios.

Y continúa don Jacinto:

—Creo que la música española se salvará cuando los compositores españoles no se acuerden de ninguno de estos genios.

Y al final de estas inefables declaraciones, una respuesta que yo ofrecería a un psicólogo auténtico para que me indicara hasta qué punto brota del más sincero subconsciente:

—De no haber sido músico, ¿qué profesión hubiera elegido?

—Fabricante catalán de tejidos.

Después de esto vinieron «Cinco minutos nada menos», asombro de propios y extraños, y ya, trazada indeleblemente para mí la polifacética personalidad del insigne maestro, pensé que era escaso presumo una medalla.

El ilustre don Jacinto, que ha salvado la música española si no recuerda a ninguno de esos genios, o que no podrá salvarla si, por el contrario, lo recuerda, demuestra en este caso una admirable intuición. Dejemos aparte nuestro gran teatro clásico, que es ya muy viejo y que nada tiene que ver con la música. Luego convegenos en que, posiblemente, el ilustre don Jacinto pensó muy cuerdatamente que lo más seguro sería que los argentinos no acabasen de entender el «Concierto de estío», «Concierto de Aranjuez», «El retablo de maese Pedro», «El amor brujo» o cualquier otra cosa por el estilo, obras seguramente creadas por genios a los cuales debemos olvidar. Indudablemente, es preferible ofrecer al gran público obras, si bien más ligeras, también más asequibles a todos, y ni que decir tiene, repletas de una gracia y esencia representativa de España difícilmente supe-

rables: «El sobre verde» o «Las mujeres de Lacuesta».

Al parecer, también los figurinistas españoles tendrán ocasión de lucir sus habilidades. Morales, Caballero y Vitín Cortezo estarán dentro de poco afanosamente atareados, creando los modelos estilizados que entonen dignamente con las inmortales melodías de «La rosa del azafrán».

¿Quién no siente estremecerse el corazón ante estas fabulosas novedades? Finalizando estas cuartillas, un amigo me ha hecho conocer su extrañeza al saber que el Estado concede esta sub-



vención de un millón de pesetas para montar zarzuelas españolas en Argentina, cuando, sin subvención de ninguna clase, el maestro Sorozábal está presentando en Buenos Aires lo mejor del género. ¿No es suficiente el éxito logrado por Sorozábal?—pregunta mi incomprendido amigo, añadiendo:—También Sorozábal ha ofrecido al público bonaerense zarzuelas «suyas y de los demás»,

Cartas de Cosmosia

HOY ha vuelto el último carro de las vendimias. La ancha tarde prolongaba la sombra de las mulas sobre un camino de polvo de oro. De vez en cuando los saltos del relente levantaban veloces nubecillas, mientras los aires esperaban el lugar sorprendente donde aparecía el primer lucero, que es precisamente donde en aquel momento no mira nadie.

Quizás ahora mismo ocurran acontecimientos sensacionales. Es posible que haya caído en poder de la policía inglesa otro «hombre leopardo». Es posible también que haya una mancha solar nueva. Por esto conviene que no pase inadvertido el instante en que va a caer un telón de símbolos sobre el gran teatro de la Naturaleza.

Cuando la atención del mundo entero pende de «hombres leopardo», de átomos y de precios—de cosas verdías e inhumanas—que está en crisis. En cambio, cuando sus días se miden por fiestas y fastos, por refranes y cosechas es que goza de una existencia leucunda y estable, porque éstas son cosas cargadas de sabor humano, de tradición y de experiencia. Después de tantos esfuerzos de persuasión, no creo que nadie deje de estremerse al pensar en la palabra «totalitario».

Mi pluma, al menos, tiembla escribiéndola como si robase una manzana en huerto ajeno y promete con su lengüecilla de oro no volver a escribirla en seis meses. Pero yo recuerdo una línea nunca rota desde las vendimias de Gozzoli hasta las trillas de Mussolini, con el torso desnudo, metiendo haces de trigo en el mecánico dentaje de la trilladora. Las labores del campo recobran un sentido primordial. Un

pero por su cuenta y riesgo, lo cual me parece muy natural. Al fin y al cabo es su dinero y buen nombre lo que anda en juego.

Estas son las palabras, bien poco diplomáticas por cierto, pronunciadas por mi amigo el osado, que esta vez no ha tenido en cuenta tampoco el atrevimiento que supone enfrentarse con un personaje tan difícilmente atacable como es el ilustre don Jacinto.

Cuando le he hecho ver los peligros que corre, mi amigo, que como buen osado suele ser bastante miope con respecto a lo que le rodea, me dice que, extrañado y molesto por las alabanzas que ciertas obras y personas despiertan (según él, como las recuas en verano levantan polvo), tiene en proyecto publicar una revista semanal que llevaría el título de «El Mandoble», «La Tranca» o el de algún parecido instrumento. Se vendería a precio de coste y cubriría sus páginas con anuncios de este tono:

TEATRO TAL
COMPANIA DE COMEDIAS COMICAS DE Fulano y Mengana.

Tarde; 6.45. Noche: a las 11.
Apoteósico éxito del juguete cómico, de X. X.
PRESTAME TU SUEGRA

¡No vaya usted! ¡Es infame!

Y entreflételes con «negritas» muy negras por este estilo:

«Ha aparecido "Suspiros en el vacío", última novela de Antónito Perengano. Del autor nos dicen que además de usufructuar colectivamente los adjetivos «genial» e «ilustre» y no admitir que se le nombre sin el Excelencia por delante, es un gran novelista. Para nosotros, "Suspiros en el vacío", en cuanto al título, nos ofrece una bella y exacta imagen del cerebro de su autor en pleno funcionamiento. El contenido... ¡Ah, pero ¿es que el vacío tiene contenido?»

Dejemos a nuestro amigo con sus cosas. Yo creo, al contrario de todo lo que él dice, que si la gente quiere que la llamen ilustre o genial y el que se lo dice gana algo con ello, no hay duda respecto a lo que hay que hacer. A juzgar por lo que los adjetivos se multiplican, todo el mundo sigue este método y le va muy bien. Por eso yo...

¿Pero de qué hablábamos antes? Si; de nuestra música en tierras argentinas, de una eximia «vedette» y del ilustre maestro Jacinto Guerrero. Pues... la verdad, la verdad es que ya no sé qué decir, por dónde seguir y apenas cómo terminar. Añado solamente que por siempre llevo a América en el corazón y que el ilustre, las zarzuelas y la genial «vedette» me han llegado a este corazón sentimental que poseo. Por ello y por algunas cosas más que me callo, ¡ahí queda este lío!

nuevo campo de mies equivalía a un triunfo, y otra vez andaban entre mitos rurales, el arte y la política. Pero, ¿no son arte y política una misma esencia? ¿No es acaso la política suma perfecta de todas las artes, de la arquitectura, en el equilibrio; de la escultura, en la proporción; de la pintura, en el juego de luces y sombras; de la literatura, en el estilo; de la música, en la armonía? Quizás sea otro de los errores de nuestro tiempo el convertir en ciencias lo que antes eran más bellamente artes, en hacer deshumanizado lo que era arte artesano oficio. Estudiosos Ciencias Políticas en vez de Arte Político. Creemos que las leyes son prodigios de filosofía en vez de ser claridades de belleza. Hemos soterrado a la poesía bajo la losa de la técnica. Digo «hemos» porque la coincidencia de casi todas las naciones da un tono plural al fenómeno—quien no hable en plural es un criminal de guerra—. Y así nos va en la feria.

«Por favor, no hablemos de aguas radioactivas, de rayos cósmicos, de aviones planetarios, de «renovados», de esa física de mar-chamán judío, digna compañera del superderecho de Nuremberg. No hablemos, porque el último carro de vendimias—tres mil años de civilización grave, honesta y silenciosa—está parando en la inminencia del anochecer.»

Cuenta la leyenda de un día de octubre, como elierio alquimista, cansado de quemarse los ojos en la rebusca de la piedra filosofal, se caló el caperón rojo y salió a la puerta de su sótano con el ceño fruncido por la luz radiante y natural del cielo. Ya es sabido que los alquimistas vivían en cuevas herméticas y que apenas distinguían el día de la noche porque su cuerpo vivo se llenaba tanto de cuerpos minerales—de Arseno de Júpiter—que no puede resistir lo que vivifica a las flores y animales honestos en que se compliace Dios nuestro Señor. Aquel, sin embargo, asomó a la puerta su perfil absorto cuando volvió cantando sobre sus compuertas un muchachuelo.

—¿Qué traes?
—La uva del majuelo de sobre el río que plantó mi señor amo.

Cuando un señor amo planta majuelos tiene una casa grande y un ancho zagán donde espera a sus peones. El alquimista, allí enfrente, como una sombra...

—En, labrador, ¡buen labrador! Yo podría convertirla en oro...

El labrador se reía todo encendido entre los olivos rústicos de su casa grande, bien abastecida, con una solana sobre los campos.

—Yo también la convierto, vecino. No necesito de vos.

—No tenía retortas.

—Me bastan los pies.

—¿Es vuestro secreto?

El labrador seguía riéndose con el rostro jocundo.

—¡Secreto! ¡Dice secreto! Os llamaré el día en que vengas los carreteros a tus coches de monedas a comprarme el vino que hacemos entre mis pies y un hervor que Dios pone en las cubas.

—Oro acuñado! No es lo que yo os decía.

—Pero es oro igual y más seguro. Mientras vos no podéis conseguirlo, yo lo saco todos los días y, además, con un fuego que calienta los corazones.

Los que conducen el mundo se olvidan del corazón y no pueden hallar tampoco el oro. Muchos mal que tampoco pueden impedir que ahora vuelva el último carro de vendimias recogiendo el último sol. Después, sobre la tierra desnuda, irán cayendo los árboles, las escarchas, las lluvias atreídas, la noche adelantada, el bronco viento. Los hilos del agua batirán los cristales; pero ya sabemos casi en abstracción que la vacuidad temporal de la grave alegría es la gustosa melancolía.

Angel MARIA PASQUAL

La Administración de los semanarios

EL ESPAÑOL, ASI ES, PRIMER PLANO y FOTOS

se halla instalada en

ALFONSO XII, n.º 26 - Teléfonos 14491 y 14460

M A D R I D

COMO un fardo encajado a presión en la diligencia de Tudela a Tarazona, el vapuleado cuerpo del vate sevillano, entre los bulliciosos viajeros y con el saco de mano por único equipaje, se estremecía con calofríos de convaliente después de una noche de insomnio pasada en un vagón del ferrocarril. Se desplegaban ahora ante su vista los opulentos olivares de Cascañe y las viñas erizadas de pámpanos nuevos en los linderos de Aragón y Navarra.

En cada bache de la carretera cruzaban los viejos muelles del carramateo, con el consiguiente desajuste de los ocupantes, y entre paradas, bromas, risas y latigazos, estaban ya a la altura de Novallas, próximos a las tres horas de camino, que pasaron entre gloria y purgatorio; ni tan largas que dieran lugar a desesperarse, ni tan breves que no viera con gusto el término de mi segunda jornada.

Una botá de vino de la Ribera puso en comunicación a todos, incluso al mayoral, que, abandonando las riendas al zagal, sólo dejaba el pellejo para arrear las mulas con chasquidos de lengua, más por costumbre que por necesidad.

De las ventas próximas a Tarazona salían al paso canes ladradores y chucucos asombrados, que, a través del polvo y de los cristales sucios, eran examinados sin curiosidad por los grandes ojos soñadores del poeta incomprendido. Y he aquí ya a la vista la torre mudéjar de la Catedral, surtidor geométrico de ladrillo rosado, emergiendo entre masas verdeclaras de tilos y olmos, lejano trasunto de su querida Giraldá.

Tras despedirse de su famoso compañero de viaje, el regidor orondo y charlatán, enfiló nuestro solitario por la calle de San Francisco, metiéndose cuesta arriba en el intrincado laberinto de pasadizos, acuchillados a trechos por el sol crudo de primavera. La típica ciudad del Quiles, que le transportaba a la histórica Toledo, se le ofreció entonces como un regalo al poeta y al pintor, con sus arcos y retablos, sus caserones de piedra llenos de escudos y timbres heráldicos, con altas rejas de hierro de labor exquisita y extraña..., hasta llegar a la plaza del Mercado, esa plaza que días más tarde había de impresionarle tan vivamente cuando a primera hora triunfa en ella la algarabía moruna de sus tenderetes, quincalleros, arrieros, vendedores de leña, mozas garridas del Somontano, cuyas «enérgicas interjecciones» sonaron en sus oídos con música bien distinta de las Rimas... En esa plaza, que hoy conserva intacta su policromía chillona de un pueblo de atavismo árabe que gestula y se agita sin descanso, se alza todavía la venerable fachada consistorial que asombró a Gustavo Adolfo con sus armas heráldicas entre gigantescos relieves representativos de la popular leyenda de Pierres y Caco. No faltan en el cuadro ni el baturo de indumentaria rezagada, tirando del borrico trotón, ni el zagal malicioso que al pasar por las mozas ensaya sus primeros escarceos amorosos, ni la fuente en cuya proximidad almuerzan al sol las Añoreras, con las que el artista ensayó una charla pintoresca.

Después de doblar la calle de los Aires, estamos en la Rúa Alta, con puntiagudos guijarros y empedrado final. Allí, entrando, a la izquierda, encontraremos hoy, como ayer, en 1864, la posada de La Laguna, hospedaje del viajero. Falta el escudo empenachado de jaramago y los capiteles que hacían de bancos junto a la puerta, pero hallaréis al fondo el arco rebajado, las caballerías y toda la tropa trajinante que conoció Bécquer, quien con mucho donaire dice de este rincón... «que posada era, con todos sus accidentes y carácter de tal sitio...». El gabán enlevitado del señorito de Madrid, alzado el cuello para proteger del cierzo fino la frágil convalecencia de sus bronquios, pasaría con cuidado a través de la fila de años alineados a la derecha, y tras saludar a la gente del pueblo con la gentil distinción del tímido y del artista, iría en busca del posadero.

La pupila perspicaz del dibujante-poeta, escudriñadora de claroscuros y contrastes violentos de color, trasladaría después al cuaderno de apuntes este pintoresco bullicio del patio, donde sobre costales de paja despachan ahora los mozos su pitanza, mientras las gallinas incansables picotean a su alrededor. Se ven por los rincones aparejos, enjalmas, cántaros y alforjas rebosantes de frutos de la huerta, que esperan la hora de ser cargados a lomos de los jumentos, camino de las aldeas limítrofes.

Si buscáis una reproducción exacta de aquel momento becqueriano, aventuras por esta calle y este parador, charlad con ese grupo de aldeanos que allí, al fondo, liquidan sus cuentas y cambian sus encargos; sacudid las moscas a manotazo limpio y curiosead minuciosamente por las lóbregas estancias y los bodegones oscuros.

Y no sólo es en este rincón de Tarazona donde la vida parece haberse detenido en un recodo de su historia. Aquí, en esta calle Alta de la Merced,



TARAZONA EN LA RUTA DE BECQUER

Por JOSE CABEZUDO ASTRAIN



veréis cómo se aúpan las casas una sobre otra, en rampas escalonadas que le dan aspecto de calle de pescadores sobre un mar imaginario; más allá, la



maravilla de la calle del Conde, con su arco apuntado y su curva insinuante; y tantos pasadizos tortuosos de la Judería, hasta topar con cubos de muralla



o con el ábside románico escondido. Oiréis hablar de la calle de la Alfara y de la Almoera; rezaréis al pasar frente a un altar incrustado en una fachada escondida, y al fondo, a contraluz de una puerta árabe, adivinaréis la silueta escultórica de una moza de cántaro, extática en su equilibrio, que os dará la medida exacta de un lienzo bíblico...

Por todos estos parajes el alma impresionable del poeta se saturó de tipismo y de emoción del pasado. En su febril imaginación tomarían cuerpo como fantasmas los habitantes de la Judería, con sus luengas barbas rabínicas



MEMORIAS DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

Treinta años remando en la galera El mundo visto por un agujero

Por JOSE DEL RIO SAINZ

LA Atalaya de Santaner, donde empecé mi vida periodística, era una contradicción y una paradoja vivientes, y ese carácter lo sostuvo a lo largo de su accidentada existencia. Porque siendo fundamentalmente de derechas desde que vino al mundo, y sostenida por el obispo de la diócesis hasta que pasó a manos del Partido conservador local, se comportó siempre como el más desastroso bohemio y fué redactada por verdaderos anarquistas, que afortunadamente no pasaron nunca de platónicos, pero que tampoco dejaron de serlo.

Era curioso y desconcertante ver a uno de estos piruetistas con el estomago vacío y el traje deshaliado escribir a diario sus artículos o sus gacetas en vistosos de los sagrados derechos «de la propiedad y del orden», sin los cuales, a creer a su prosa, no siempre correcta, no se concebía que la vida fuese tolerable. Todo entre interjecciones a media voz cuando el regente le apremiaba para que entregasen su «ladrillo».

Mi entrada en aquella caverna convertida en reducho, desde la cual se defendían templos y palacios, fué también un paso anárquico, como obra exclusiva de la casualidad, que ha sido entonces y siempre, la maquina caprichosa que me ha llevado de su mano por los más arriesgados vestucos.

Yo, hasta entonces, había sido marino y no pensaba ser otra cosa. Pero cierta tarde de un mes de diciembre de principios de siglo, en que llovía a cántaros, como es costumbre en Santaner, y cuando me hallaba guarecido en un portal de la típica y vieja calle de San Francisco, vi acercarse a un redactor de «La Atalaya» que acompañaba sus actividades periodísticas con sus deberes de oficial de prisiones, y al cual conocía por hacer colaborado yo en el mencionado periódico, enviándole crónicas de viaje desde los puertos que visitaba; vi acercarse, repito, a dicho periodista que venía sin duda a tiro hecho, porque apenas me tuvo al alcance de su voz, me disparó esta perseguida a boca de jarro: «¿Qué hace usted ahora? Porque si no tuviese nada que hacer podía venirse conmigo a la redacción y echarnos una mano. La gripe nos ha dejado en cuadro y no sé cómo nos las arreglaremos para que salga el número de mañana. Yo ando loco toda la tarde buscando un voluntario...»

Repito que yo era de profesión marino, y que si me hallaba en aquella ocasión en tierra, debíase a que me había desembarcado una semana antes, al volver el vapor en que prestaba mis servicios de arribada, batido por un temporal violentísimo, que le causó no pocas averías y entre otras, una brecha que me abrió un cáncamo en un muslo, al ser derribado y arrastrado por la cubierta, por un tremendo golpe de mar.

Mientras se me cicatrizaba la herida que me detiene en Santaner, y el vapor salió sin mí a viaje, pero esperaba volver a él tan pronto como retornase a España, una vez alligado el mineral que llevaba para Inglaterra.

De momento, es verdad que no hacía nada como no fuera asistir todos los mediodías y las fines de tarde en las calles de la Blanca y de San Francisco, a la salida de los talleres de costura, cuyas oficiales y aprendizas me recibían, ciertamente, la pena de que se las esperase para admirarlas y chiclearlas.

Por eso la proposición de aquel Mefistóteles tentador fué aceptada sin vacilaciones y sería insincero si no dijese que con entusiasmo. Porque aflicionado a emborrionar cuartillas desde que anduve a gatas, sin duda por contagio de mi abuelo paterno que fué publicista y autor de libros de historia regional, y de un tío, también escritor militante, el hecho de formar parte de una redacción, siquiera fuese a título precario, constituía para mí la mayor de las bienandanzas. Sólo puse una pequeña condición:

«Déjeme que vaya a cenar. Después me tendrá usted en la redacción...»

Pero el solicitante no me concedió, ni esa pequeña tregua.

«Cenará usted conmigo ahí, en casa de San Martín—el rígon y bodega de un popular alcalde de la ciudad especializado en la pre-

paración de las angulas, por lo que se le llamaba irrispetuosamente «el angulero»—. Cenará usted conmigo, y luego nos iremos juntos al trabajo. Puede mandar un chico con un aviso a casa.»

No había más que hablar, y no cambiamos una palabra más sobre mi contrata. Hora y media después me hallaba ya en la redacción de aquel periódico, hinchando mis primeras tiras de telegramas. Treinta años, día por día, había de durar esta labor comenzada de modo tan impensado. Treinta años, que es la duración de las cadenas perpetuas en el caso de que no haya indultos o revisión de causa. Y de



que no lo hubo para mí es la prueba de que aún continuo con la pluma en la mano.

La redacción ocupaba uno de los pisos de una casa de vecindad de la calle de Santa Clara, frente al Instituto de Segunda Enseñanza, donde yo me había desasnado un par de años antes. En la planta baja hallábase los talleres; en el entresuelo, la administración, y en los pisos superiores los restantes servicios, de los cuales era la redacción el más importante.

El efecto que a mí me produjo no fué muy halagüeño, aunque mis ilusiones respecto a confort y comodidades no fuesen por entonces muy exageradas. Pero lo que jefa rebasaba la modestia de mis cálculos. Nada había presumir que aquel cuchitril de paredes salpicadas de tinta y de mesas con una espesa capa de polvo, fuese el órgano autorizado del Partido Conservador. Es decir, de «los señores del muelle», los más pudientes y elegantes de la ciudad. En su Consejo de administración figuraban un título del reino, uno o dos ex alcaides, dos o tres hijos y herederos de indianos y el abogado de mejor bufete de la localidad. Con la garantía de las firmas de estos señores se podía haber editado un rotativo que no le fuese a la zaga al «Times»; pero se contentaban con aquella pobre «Atalaya», que se vendía a cinco céntimos, como todos los diarios de tales tiempos, y cuyos redactores andaban a botetadas con el hambre.

La sala de redacción estaba formada por la unión de varias de las habitaciones de la casa primitiva, cuyos tabiques se habían derribado.

Comunicábase con otras dos piezas laterales que servían, una para despacho del director y otra del redactor jefe. En el centro había una larga mesa sucia y abarrotada de papeles, entre los cuales destacaba el montón de los periódicos de Madrid y provincias que se recibían «a cambio».

Tres o cuatro pupitres adosados a las paredes constituían el lugar de trabajo de los redactores de batalla.

A lo largo de la pared del fondo corría una estantería donde se alineaban los polvo-

rientos y manoseados libros que constituían la biblioteca de la casa. Los recuerdos muy bien, como si los tuviera delante. Eran los tomos del Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, de Montaner y Simón, que constituían la principal fuente de inspiración de los artículos que continuamente los consultaban. Faltaban hojas, y otras estaban ilegibles de puro resobados. Con ellos se mezclaban las obras completas de Julio Verne y de Mayne Reid; las de Chateaubriand, y Pereda; los «Ripios Académicos y Ultramarinos» de Antonio Valbuena; el «Año Cristiano» y la «Historia de las Cruzadas», con ilustraciones de Gustavo Doré. Un verdadero bati-burrillo revelador de un incongruente criterio literario.

No menos revuelto y variado era el material humano que componía la redacción. Presidía ésta, por ausencia del director, que aún no había llegado de Madrid, adonde la nueva empresa fué a buscar, el redactor jefe, que era un marino como yo y se llamaba Francisco García Núñez. Una verdadera estampa de nihilista ruso con barbas a lo Tolstói, y unos ojos llameantes tras los gruesos cristales de unas gafas. Tenía aspecto de nihilista ruso y una mentalidad de tal, porque era un hombre que no creía en nada, y profecía con el menor motivo sarcasmos atroces contra todo lo divino y lo humano.

Había sido marino y no de los menos expertos, navegando de oficial en los buques de la Trasmogona. Pero hubo de abandonar esa profesión porque la cantidad de su vista invalidó para ejercerla. Entonces dedicó al periodismo. Poseía varias lenguas y había traducido del inglés un método moderno para situarse en el mar.

Escribía de un modo incorrecto y violentísimo. Sus campañas contra los alcaldes y ayuntamientos enemigos de quienes le pagaban levantaban ronchas y dieron lugar a no pocos escándalos. Para defenderse de las posibles agresiones, tenía su pistola cargada en el cajón de su pupitre y siempre al alcance de la mano. Antes que rectificar una sola línea hubiérase dejado hacer pedazos.

A él presentéme el redactor que me había pescado en plena calle, y yo esperé temblando unos minutos a que tras de un minucioso examen de mi persona, aquel hombre temblase se dignase darme el espaldarazo.

Tras de medirme de arriba a abajo, a través del cristal de sus lentes, el redactor jefe me dijo:

«¿Conque usted es marino también? ¿Pues si que tiene buena mano para elegir profesiones! Porque esta que empieza ahora es tan cochina y tan arrastrada como la vida en los barcos. Ya lo irá usted viendo. Yo, por mi parte, no he de irle nada.»

Los que le escuchaban, que eran dos redactores más, quedaron maravillados de lo suave y lo fino que había estado en su discurso de recepción. Sin duda le había cogido en uno de sus raros buenos momentos.

Vivo contraste con él formaba un muchacho de cuerpo menudo y rostro inteligente, que en uno de los pupitres paladeaba una taza de café entre chupadas a la larga boquilla en que sostenía mi cigarrillo. A pesar de su juventud, aquel redactor que se llamaba Alejandro Nieto, era el más antiguo de «La Atalaya», pues llevaba trabajando en ella desde la fundación del periódico, diez años antes. Lo que quiere decir que empezó su carrera de periodista en plena infancia. A su cargo tenía una sección «cómica en prosa y verso», que con el título de «Panorama» publicaba a diario. Hacía también con chispeante ingenio la reseña de toros. Firmaba con el seudónimo de «Amadis», que se hizo popularísimo en la vida santandereña y fué conocido y estimado en otros lugares de España.

Aunque obligado a cultivar el género cómico, su verdadera vocación era la de poeta lírico, de una tenura, de una inspiración poco comunes. Indolente y apático por naturaleza, dejó escritas muy pocas poesías; pero basta con ellas para cimentar una fama. Hoy, después de su muerte, figuran en lugar de honor en las antologías montañesas. Como poeta podía equipararse con Amós de Escalante, Evaristo Sillio y Enrique Menéndez y Pelayo.

Además de indolente era tímido como una colegiala, y de una bondad que contrastaba con la fruandicia del redactor jefe.

Al saludarme dijo éstas palabras: «Ha entrado usted, pollo, en un orden de predicadores, que además de mendicantes, suelen ser descazos. ¡Conque no le arriendo la ganancia...!»

También estaba ante otro pupitre, exprimiéndose el seso para sacar de él argumentos en defensa del «orden, la propiedad, la familia y la patria», aquel famoso «Amber, el luchador», al que Emilio Carrere ha dado vida literaria, haciéndole protagonista de una de sus novelas picarescas.

Hacía algunos meses que había regresado de su espezunante bohemia madrileña, medio muerto de sueño y de hambre. Llamábase Jesús Amber Arruzá, y me pareció que era de la familia de los Arruzas de que procede el actual famoso torero mejicano. Hijo de un modestísimo posadero de Santaner, había profesado casi desde la infancia las ideas más extravagantes. Tomó en serio lo de la bohemia literaria y se lanzó a la conquista de Madrid sin otro bagaje, que unas docenas de poesías de las que se llamaban «modernistas» en aquellos años. No era mal poeta, aunque entonces sus atrevimientos le hicieran parecer indeseable en una tierra donde vivían maestros tan inflexibles como Pereda y Menéndez y Pelayo. En Madrid tampoco logró abrirse paso. Carrere concibió en los divanes de los cafés y de las redacciones a que recalaba como a un puerto de refugio cuando a la intemperie le abrumaba el cansancio. Al regresar, desilusionado, a Santaner volvió, como Fausto, su alma al diablo, poniéndose al servicio de los capataces de la empresa de «La Athiaya». Hacía unas crónicas en estilo seudopélico y firmaba con el apodo de «Confeti».

Estos fueron los primeros compañeros de mi bancada de la galera. Más adelante hablare de los otros que no se hallaban presentes aquella noche. Para probar mis aptitudes se me dió una tira de la conferencia telegráfica que se acababa de recibir. Mi obligación era hinchar aquella prosa lapidaria haciendo de cada renglón seis o siete cuartillas, aunque tuviese que inventar lo que el texto ni siquiera insinuaba.

No lo debí hacer mal del todo, porque el terrible García Núñez envió mi «original», con el de los otros redactores, a las cajas, y al terminar nuestra faena, ya amanecido, se despidió de mí con un expresivo apretón de manos.



¿POR QUÉ A LA APARICIÓN DE UN LIBRO NO SE LE PRESTA LA MISMA ATENCIÓN QUE A UN ESTRENO TEATRAL?

Si es verdad que hay crisis de teatro, no será de seguro por falta de crítica. No hay estreno en Madrid que pase sin su correspondiente resonancia periodística. Buena o mala, toda nueva comedia es minuciosamente estudiada y analizada en todos y cada uno de los periódicos que aquí se publican. Para este arte se tienen las máximas consideraciones. Esta es la realidad, en medio de la tan debatida cuestión, viejo pleito ya, de si el Teatro es o no propio de nuestros tiempos, si está o no en crisis. ¿El Teatro una mera supervivencia de la antigua y prestigiosa ficción escénica? He aquí la interrogación. Vengan artículos, vengan comentarios, vengan discusiones... Y vengan críticas a cada estreno.

Y no creo afilia a nadie este interés de la crítica por el teatro. No se le presta una atención mayor a los deportes? Si nosotros comentamos el hecho es simplemente como noticia de toque, o más bien como contraste de una dolorosa —en este caso si hay verdadera aflicción— ausencia de crítica

de libros. ¿Por qué razones esos mismos periódicos que se ocupan con interés tal por cualquier estreno silencian la aparición de una obra importante? Y es que en tanto existe la crítica de teatro, no existe una sistemática crítica de libros. Nosotros mismos, en diferentes ocasiones, advertíamos esta ausencia de una crítica orientadora del público lector. Ni en revistas ni en periódicos nos dimos cuenta de ella. Arremetamos contra las notitas recamadas de adjetivos—pedrería falsa—y contra los retratos de los autores mediocres con el correspondiente pie estereotipado. ¿Es justificado este silencio? ¿No se publican ahora libros lo suficientemente dignos para una crítica sistemática en los periódicos? Y aun si así fuera, ¿son tantas y tan buenas las comedias que se vienen estrenando? Y, sin embargo, la crítica del teatro es vigorosa y continuada. ¿Por qué? Ello es para nosotros un misterio. Dos entrevistas planeamos a continuación sobre este tema. Contestan a ellas dos novelistas: Juan Antonio Zunzunegui y Wenceslao Fernández Florez.

- 1ª ¿Por qué a la aparición de un libro no se le presta en España la misma atención que a un estreno teatral?
- 2ª ¿No cree usted que falta actualmente una crítica de libros orientadora y sistemática?

“El libro es el pariente pobre de la Literatura”

AFIRMA ZUNZUNEGUI

EN este constante ir y venir del periodista; estar un día en la Ceca, y al día siguiente, en la Meca; intercalar una tarde a D. Fulano sobre poesía, y a la mañana siguiente volverse loco buscando a D. Zutano, que acaba de llegar de la China, en este constante ajetreo de las entrevistas creemos esté el secreto del movimiento continuo.

Cada día, un tema, y un tema acuciante, que sólo tiene vida periodística no más de veinticuatro horas. Primero hay que sentirlo con olfato periodístico, saber que tiene interés general. Después planear las preguntas, enfocarlo desde el ángulo preciso. Y lanzarse a la caza de quien puede hablar de tal tema. Y todo con más rapidez que el galgo tras la liebre.

La de hoy es una cuestión relativamente tranquila, con una actualidad relativamente segura en algún tiempo: la crítica de libros. ¿No hay crítica porque no hay literatura? O a la inversa. ¿No hay literatura porque no hay crítica? El problema no es tan fácil como para lanzarse por las buenas en plan de profesor de afirmaciones rotundas. Crítica copiosa es la de las obras teatrales, y no se puede decir que nuestro Teatro viva una edad de oro. ¿No?

A un buen novelista de hoy le vamos con el cuento. Es temprano para visitar a nadie; mas el periodista no conoce el adjetivo fastidioso ni sus múltiples sinónimos. Y ya está junto a Juan Antonio Zunzunegui. Un cuarto en una pensión que parece que se escapó de una novela de D. Benito. Todo está tan revuelto como el pelo de Zunzunegui. Si el balcón no estuviese abierto, este cuarto no olería muy bien. Las habitaciones de todas las pensiones madrileñas no se distinguen por su perfume a jardín. Es un olor típico de comida barata, de sudor y de vejez sucia.

Como el novelista quiere continuar su trabajo, no es cosa ahora de ir tomando notitas e impresiones particulares. Nos sentamos en unos cajones, que contienen libros. Y ya, como el disparo de una escopeta o el disparo de una máquina fotográfica, hacemos la pregunta: —¿Por qué a la aparición de un libro no se le presta la misma atención que a un estreno teatral?

—Por la sencilla razón de que el Teatro es un espectáculo, y el libro, no; y como espectáculo lleva anejos una serie de ingresos y beneficios sociales. Alrededor del Teatro vive una muchedumbre de personas, y su propaganda en los diarios y revistas es abundante. De ahí que los diarios y revistas, como es natural, dediquen más atención y espacio.

El libro es el pariente pobre de la Literatura. Las escasas tiradas españolas no dan margen a la propaganda, y claro es, se habla menos de ellos.

—¿No cree usted falta actualmente una crítica de libros orientadora y sistemática?

—Sí falta, en efecto. Pero la verdadera crítica orientadora suele coincidir con una producción creadora, original y pingüe. Y hoy día ¿cómo va a haber crítica si no hay literatura?

El día que surjan verdaderas obras literarias surgirá la crítica. De esto no hay duda. Ahora, en la medida que hay literatura ya hay crítica orientadora.



Recuérdese a «Azorín», a Melchor Fernández Almagro, a Nicolás González Ruiz, a Rafael Vázquez Zamora, etc.

Ahora el verdadero peligro de la crítica es cuando terminan dedicándose a ella los creadores fracasados; porque estos desgraciados llevan a sus críticas su rencor y su envidia. Por ahí anda un pobre novelista, fracasado madrileño plúmbeo, a quien estos doce años últimos de esterilidad han convertido en crítico, opinando a todas horas en refritos artículos sobre los novelistas y cómo deben ser las novelas que él no ha sabido escribir. ¿Cuándo se va a dar cuenta este caballero de que lo elegante, después de la repulsa que ha tenido para él el público, es callarse?

Nosotros también quisiéramos callarnos ahora, pero se nos fugan de entre los labios estas interrogaciones: ¿No hay algo de podredumbre en el ambiente literario, que motiva, a veces, que éste huelga mal? ¿No da sensación, a veces, el clima de las letras de una cominera casa de vecindad?

No obstante tener la frente más despejada, el bigote sin tan agudas puntas engomadas, Wenceslao Fernández Florez se parece mucho a un antiguo actor del cine, a Adolfo Menjou. Es asimismo, como el célebre cineasta, elegante en el vestir. Por su figura y por el grato ambiente, confort-



“En realidad, la crítica no existe..., es una lluvia de adjetivos”

DICE FERNANDEZ FLOREZ

de su vida, el humorista español es como la imagen real de los escritores que nos reflejan las películas o nos describen en los libros. No sé si decimos una estupidez, pero nos da la sensación de un escritor extranjero cuyos relatos todos se hubieran convertido en guiones cinematográficos para una fabulosa empresa norteamericana. No parece, desde luego, un escritor español, desvalido, con escasas probabilidades de editar sus obras, y logrando al fin, tras penosos esfuerzos, una fama poco cotizabile desde el punto de vista económico. Y es que de la profesión de las letras se tiene aquí una opinión muy particular. Al escritor se le regatean comodidades. Se le ve siempre como a un bohemio que no tuviera otro derecho que ir dejándose la vida y la obra en los esquinas tristes de la incertidumbre de cada día. Se le cuentan sus posibles ganancias, aumentadas, como si se tratara de un hortera de poca monta. Y se tiene la idea de que su trabajo es un mero pasatiempo, sin importancia. En tanto el auténtico escritor lleva aquí una vida dura, sin claudicaciones, unos cuantos cuacos se aprovechan del tópico de la bohemia: O bien dando sablazos a diestro y siniestro, o colándose a título de intelectuales en los escalafones de la política.

Por ello nos agrada que un escritor pueda vivir dignamente. Y esta vida y este ambiente gratos de Wenceslao Fernández Florez nos parecen por ello algo excepcionales. Pero basta ya, que esto es una entrevista.

—¿Por qué a la aparición de un libro no se le presta en España la misma atención que a un estreno teatral?

—Eso me lo he preguntado yo, muchas veces. Varios artículos míos tuvieron por motivo tal tema. ¿Es posible que con lluvia, o con frío, o con nieve, se movilicen en Madrid tantos hombres como periódicos hay para asistir a un estreno teatral de una obra que a veces, de antemano, se sabe será mediocre y, en cambio, libros estimables no tengan ni el más leve eco de crítica? La crítica, si se hace, es siempre de favor, como una obligación, como si se tratara de un viaje forzado a Barcelona, o de una recomendación para unas oposiciones.

—¿No cree usted falta actualmente una crítica de libros orientadora y sistemática?

—En realidad, la crítica no existe. La crítica es aquí una especie de tributo de amistad, y no muy generoso a veces. Una manera de volcar adjetivos sin ton ni son, una verdadera lluvia de ellos, pero sin calar en el libro, que en la mayoría de los casos, ni se lee siquiera. Claro es que hoy se escribe muy poco. La angustia de nuestro tiempo ha dejado un tanto suspensa a la literatura. Vivimos en época de crisis. Y en estas épocas no se produce más que poesía lírica. Este tiempo no es propicio a la novela. Escribir novelas supone una relativa tranquilidad de vida en el escritor. Falta, por ejemplo, el libro, la novela de nuestro tiempo. Tal vez sean dos las razones por las que no se ha escrito esta novela: el hombre no quiere leer nada relacionado con sus angustias presentes; y la otra, la censura; no me



refiero a la de España, sino a la del mundo. Es una coacción en torno al escritor, que le impide expresarse.

Yo no alcanzo la época en España de la gran crítica: la de Clarín, la de la Pardo... Sólo recuerdo la de Andrenio, crítico inteligente, que sabía interpretar la sensibilidad del autor del libro que criticaba. Y también conocí a Díaz Caneado, buen crítico, en especial de poeta.

La misión de la crítica no es la de influir en los escritores. El autor tiene o no temperamento, tiene o no algo que decir. Y si tiene temperamento y tiene algo que decir, lo dirá sin crítica, con ella o contra ella. Pero la crítica puede orientar al público, quitar el velo que le impide apreciar la belleza de la obra. La misión de la crítica es de interpretación de la sensibilidad del escritor de su época.

—¿En cuanto al extranjero...?

—En el extranjero lo que existe no es crítica, sino propaganda. La propaganda sustituye a la crítica. Tal vez pervierta el gusto. Pero sucede un fenómeno particular con esto de la propaganda. Es un fenómeno que hemos podido observar aquí en el cine y en el teatro. El público reacciona contra la crítica mala, contra la falsa crítica. Una película o una comedia pueden ser muy jaleadas por uno u otro motivo, pero si la película o la comedia son malas, el público deja de ir al poco tiempo, y tanto la una como la otra se exhiben con la sala vacía. El público crea un sustituto de la crítica real.

No quiero molestar más a este admirable Adolfo Menjou de nuestras letras. A este primerísimo humorista de nuestra literatura.



DEJEMOS EL 50 POR CIENTO A LA CASUALIDAD

¿VOLVER a la antigua vida literaria? No creo sea este retorno buena solución para las cuitas y desvelos del joven escritor de nuestro tiempo. No, admirado César González Ruano. ¿Volver a la antigua vida literaria cuando ya el simple hecho de vivir va siendo cada día más difícil y penoso? ¿Y a cambio de qué? ¿No es como aconsejarle su suicidio? Es lo mismo; absolutamente lo mismo. ¿Que renuncie a ciertas minúsculas ventajas de dignidad profesional? Pero ¿no es ya una ingenuidad atroz el querer dedicarle todos los latidos del corazón a un oficio tan ingrato como el de las letras? ¿Con qué afán buscamos nuestro daño! Con lo sencillo que sería...

¿Volver a la antigua vida literaria? ¿A la vieja desordenada picaresca de la bohemia? Parece como si en realidad no viviéramos ahora la más cruel bohemia disimulada. Lo que existe en nuestro tiempo es la elegancia de no exhibir las zahurdas horribles del vivir hampón. Hoy, como ayer y como siempre, el escritor—el que auténticamente siente esta vocación—no desea otra cosa que poder vivir de unos esfuerzos de laboriosidad metódica. Pero no es así. Para poder vivir tiene que gastar el ingenio en minúsculos recursos. De otra forma, ya se sabe: a morirse de asco en cualquier esquina.

Antes era duro empezar, iniciarse en eso de la lucha por el nombre; pero hoy es duro el sencillo hecho de empezar a vivir, simplemente a vivir.

No; no es aconsejable ese retorno a la antigua vida literaria. A las vicisitudes de la antigua bohemia. Ya tiene el joven escritor suficientes amarguras sobre su espíritu. Mejor sería disuadirle de seguir un camino tan azaroso como es el de las letras y aconsejarle, por ejemplo, que, a título de escritor, se consagrara a la política. La política es ideal para los escritores mediocres.

Hoy el joven escritor tiene la experiencia de una turbulenta y aborrecida vida para poder volver a una aborrecida y estéril bohemia. Y si no es la vida de la bohemia, ¿qué otra antigua vida literaria se aconseja seguir? La biografía del escritor siempre estuvo ilustrada por escenas de las más angustiosas vicisitudes. La incer-

tidumbre de su existencia, la duda en la gloria futura, el desaliento en la obra, la poca estimación que de su labor tienen sus contemporáneos... ¿Qué fué del entusiasmo juvenil? En esta profesión prematuramente se envejece. ¿Qué de extraño tiene que el aguijón de la ironía se agudice en el profesional de las letras?

Y si todo ello fuese poco, aún el escritor debe sufrir el contacto con el arrivista, con el espontáneo... Es el político que únicamente dice cultivar la literatura como un caballero, el abogado que entre pleito y pleito quiere jugar a poeta y hace versos rimbombantes, el hotelero que escribe novelas.

Pero yo quería comentar el artículo de César González Ruano en una nueva glosa a la campaña. A la campaña que casi solitario voy haciendo semana tras semana en esta página. Y es que tengo el presentimiento de que nunca mejor ocasión volverá a presentarse al escritor para redimirse un poco de su humillación económica.

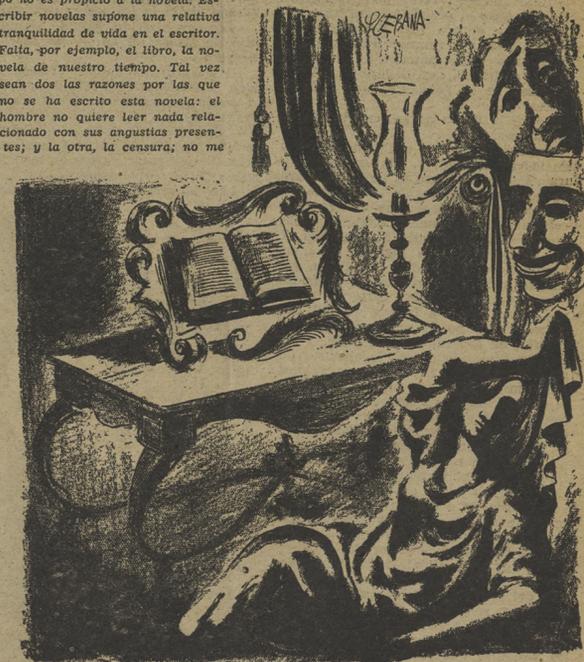
Las soluciones a otros complejos problemas en torno al libro serían más fáciles si los escritores se hallasen asociados. Y lo singular del caso es que todos lo sienten así. Pero, ¡ay!, esta pereza española, esta desgana, este escepticismo...

Las dificultades, es verdad, existieron siempre. Y en ellas se encuentra a veces el estímulo mejor para la superación de la obra literaria. Pero otra cosa es la miseria de cada día, la angustia que desmoraliza la voluntad más firme, el desamparo de una clase intelectual, las amargas mezuñas que menguan entusiasmo en la labor...

Sé bien que la maledicencia de algunos grupos se mostrará escéptica sobre el resultado de la campaña. Mas no importa. ¿Qué importan ya tantas cosas? De esto sabía mucho mi paisano Angel Ganivet. Del mismo desesperado pensador son estas palabras: «En España no llegaremos nunca a ninguna parte por sus pasos contados; hay que dejar siempre el 50 por 100 a la casualidad, que en los trances de apuro suele estar de nuestra parte.»

Y que la casualidad—esto pido—sea en esta ocasión conmigo.

ANTONIO COVALEDA



“PRIMER PLANO” y “FOTOS”

REDACCION Y ADMINISTRACION:
ALFONSO XII, 26 - MADRID

INTENTAR presentar a la inmensa mayoría de los lectores españoles figuras de la talla de Alexis Carrel sería pueril.

Hacia el mes de diciembre de 1941, poco más o menos, Alexis Carrel escribió en inglés unas cuartillas sobre el poder curativo de la oración, con destino al gran magazín americano «Readers Digest», cuartillas que, en efecto, se publicaron en dicha revista a principios del año siguiente, si bien un tanto mutiladas y modificadas. (¡Oh cuando acabarán de aprender ciertos redactores y directores de prensa lo que es la propiedad intelectual!) Seguidamente, aquellas columnas inglesas se trajeron al francés en Suiza para insertarlas en las planas del «Journal de Genève», y, por último, varios meses después volvió a publicarse la obra en un semanario religioso de Francia.

Fue entonces, y sólo entonces, cuando su propio autor tuvo noticia de tales versiones, y cuando, sin duda por no quedar muy satisfecho al releer lo que dijera cuatro años antes, se decidió a rehacer su ensayo, ampliándolo y revalorizándolo, en fin, como un tema semejante merecía, y es esta nueva producción del insigne investigador, recogida y editada a punto en forma de folleto por la editorial parisina «Plon» (1944—), la que hoy hemos utilizado en nuestra traducción, que, según reza ya al pie del título, será la primera en lengua castellana.

Este ensayo a propósito de la oración no es, en suma, sino un resumen, y extraordinariamente conciso, de un cúmulo innumerable de observaciones sobre las gentes y los tipos más diversos que a través de su larga carrera clínica Alexis Carrel, Premio Nobel del Instituto Rockefeller de Investigaciones Médicas, pudo recoger. Orientales y occidentales, sanos y enfermos, religiosos y religiosas de todos los dogmas y de todas las órdenes, pastores protestantes de múltiples denominaciones, infinidad de sacerdotes católicos, judíos, médicos y enfermeros, hombres y mujeres de muy heterogéneas oficios y de no menos dispares sociedades, fueron poco a poco desfilando ante él y aportando cada cual, con su caso particular, su granito de arena en la enorme experiencia que actualmente posee el eximio maestro del que tratamos. Por otra parte, su práctica de cirujano, de fisiólogo y sus estudios de laboratorio, en especial aquellos que se refieren a regeneración de tejidos y cicatrización de llagas, a los que se consagró durante años y años, permiten a Carrel apreciar en su justo valor ciertos efectos terapéuticos de la oración que aquí, repetimos, en relampagueante síntesis, intenta exponer.

De acuerdo con esto, y como ustedes podrán apreciar, el autor de las páginas que siguen habla única y exclusivamente de hechos observados y comprobados por él mismo.

Pero, ¡ay!, hablar a los hombres modernos de oración parece, al primer golpe de vista, algo enteramente inútil, cual si predicásemos en el desierto. No obstante, nos atrevemos a preguntar: ¿No nos será preciso conocer todas aquellas actividades de las que somos o podemos ser capaces? Desde luego. Nosotros, hombres modernos, o, racionalistas o espiritualistas, seres humanos, en fin, sometidos por ende a las eternas leyes de la creación, no podemos, so pena de correr gravísimo riesgo, dejar ninguna de ellas en olvido, inactiva. Y la atrofia del sentido de lo sagrado, de lo religioso, que se quiera o no todos los hombres poseemos en lo más hondo del alma, así como de la moral, de nuestra no menos innata conciencia moral, se muestra tan nociva, si no más, como la de la propia inteligencia, la gran diosa del siglo actual.

Así, pues, lectores, Alexis Carrel se dirige en estas líneas a todos, todos en esencia iguales, hombres, incrédulos como creyentes, porque también a todos la vida nos impone para triunfar semejantes obligaciones. La vida nos exige que nos conduzcamos como nuestra misma estructura física y mental nos prescribe. Y nadie debe ignorar, o procurar no recordarlo, que las necesidades naturales más profundas, más sustanciales y enraizadas dentro de nuestro cuerpo y de nuestro «eus», son las de índole religiosa, las místicas precisamente.

I.—INTRODUCCION

Para nosotros, hombres de Occidente, la razón vale mucho más que la intuición. Sin duda preferimos la inteligencia al sentimiento. Resplandece la Ciencia en tanto que la Religión se extingue, y siguiendo a Descartes nos olvidamos de Pascal.

Así, ante todo, procuramos desarrollar el intelecto. Cuando se trata de actividades no racionales del espíritu, tales como son la del sentido de lo moral, de lo bello y especialmente de lo sagrado, apenas si prestamos atención. La atrofia de estas actividades fundamentales convierte al hombre moderno en un ser espiritualmente ciego. Seméjante imperfección le impide ser buen elemento integrante de la sociedad, y sólo a tan defectuosa estructura del individuo se debe atribuir el hundimiento de nuestra civilización, porque en realidad lo espiritual se muestra tanto o más indispensable para el feliz desarrollo vital como lo intelectual o lo material. Es preciso, pues, urgentemente, resucitar en nosotros mismos las actividades mentales, que en una mucho más amplia proporción que la inteligencia dan carácter a la personalidad, en especial la que hoy tenemos tan arrinconada: la religiosa.

Esta actividad religiosa suele expresarse por la oración y ambas funciones son, en réplica posible, espirituales. Ahora bien, cuando el espíritu se halla fuera del alcance de nuestros técnicos. ¿Cómo entonces podremos adquirir un positivo conocimiento de la oración? Por fortuna cae dentro del dominio de la Ciencia la totalidad de lo observable, y con la ayuda de lo fisiológico también se hacen observables las manifestaciones del espíritu. Será por ende mediante la observación sistemática del hombre que reza como lograremos averiguar en qué consiste el fenómeno de la oración, la técnica de su producción y sus efectos.

II.—DEFINICION DE LA ORACION

Esencialmente la oración parece ser un atender al substratum inmaterial del mundo. En general consiste en un lamento, en una queja o angustia, en una petición de ayuda. A veces llega a ser una serena contemplación del principio immanente y trascendente de todas las cosas. Se la puede definir también como una elevación del alma hacia Dios, como un acto de amor y adoración respecto a Aquel de quien proviene esta maravilla que es la vida. De hecho la oración representa el esfuerzo del hombre por comunicarse con un ser invisible, creador de la existencia, suprema sabiduría, fuerza y belleza, padre y salvador de cada uno de nosotros. Lejos de estar en una simple recitación de fórmulas, la auténtica oración representa

LA ORACION

ESTUDIO INEDITO EN LENGUA CASTELLANA

Por ALEXIS CARREL

Premio Nobel del Instituto Rockefeller de Investigaciones Médicas

(Traducción directa del francés por JOSE LUIS BELLOGIN)

ta un estado místico en el que la conciencia se sume en Dios. Este estado no es de índole intelectual y por ello resulta tan inalcanzable como incomprensible a filósofos y a sabios. A semejanza del sentido de lo bello y del amor, lo místico no precisa de ningún conocimiento estudianto. Las almas sencillas sienten a Dios con tanta naturalidad como pueden sentir el tibio calor del sol o el grato perfume de una flor. Pero este Dios tan asequible a quien sabe amar se oculta a quien no sabe sino comprender. El pensamiento y la palabra fallan si tratamos de describirlo. Es por lo que la oración encuentra su más alta expresión en el ir y querer llegar con amor a las cosas a través de la noche oscura de la inteligencia.

III.—TECNICA DE LA ORACION. COMO HAY QUE ORAR

Pero ¿cómo debemos orar? Aprendimos la técnica de la oración a través de los místicos cristianos, desde San Pablo a San Benito, y gracias a esa multitud de anónimos apóstoles que durante veinte siglos iniciaron a los pueblos de Occidente en la vida religiosa. El dios de Platón resultaba inaccesible en su grandeza. El de Epiceto se confundía con el alma de los objetos reales. Jahvé era un déspota oriental que inspiraba, más que amor, miedo. Y fué únicamente el Cristianismo quien, por el contrario, puso a Dios al alcance del hombre: dándole un rostro, haciéndole padre nuestro, salvador nuestro. No fué preciso ya, para llegar a la divinidad, ningún sangriento sacrificio más, ni más complejas y aparatosas ceremonias. Porque la oración había llegado a ser algo fácil y harto sencilla su técnica.

En efecto, basta simplemente con que nos esforcemos en ese ir a Dios y que este esfuerzo nuestro sea afectivo y no intelectual, para poder rezar. A una meditación, por ejemplo, sobre las cosas de la divinidad divina no es lícito llamarla nunca oración en tanto en cuanto a la par ésta no suponga también una pura expresión de amor y de fe. Y así es como, según el método de La Salle, la oración parte de una consideración intelectual para llegar a ser inmediatamente afectiva. Por lo demás, que sea corta o larga, vocal o mental, debe recerse al diálogo de un niño con su padre. «Rezando se muestra cada cual como es», decía un día cierta hermanita de la Caridad que lleva treinta años consagrada al servicio de los pobres. En suma, se ora lo mismo que se ama: con toda el alma.

Respecto a la forma de la plegaria, encontramos una gran diversidad de tipos: desde la simple aspiración a Dios hasta la mística contemplación; desde las pobres palabras que balbucea el campesino frente a la cruz que halla en la encrucijada del sendero hasta el formidable canto gregoriano, que retumba bajo las bóvedas de la gran catedral. Mas ni la grandeza ni la belleza se precisan para la eficacia de nuestras invocaciones. Muy pocos hombres supieron rezar como sólo hicieron San Juan de la Cruz o San Bernardo de Clairvaux. No hace falta ninguna ser elocuente para ser escuchado. Y juzgando el valor de las oraciones por sus resultados, bien seguros estamos de que nuestras más humildes frases de súplica y alabanza son tan válidas para el Creador como las más bellas invocaciones. En cierto sentido, una porción de fórmulas recitadas maquinalmente pueden ser también oraciones. Lo mismo que la llama de un cirio. Basta para ello que esas inertes fórmulas y está llama material simbolice al hombre. Mediante la acción es posible igualmente orar. San Luis Gonzaga así lo decía: el cumplimiento del deber es la mejor plegaria, porque la manera más perfecta de unirse a Dios es cumplir su voluntad. He aquí, si no, aquellas sublimes palabras: «Padre nuestro... vénganos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...» Y sin duda alguna hacer la voluntad de Dios es también obedecer las leyes de la propia vida, tal y como están inscritas en nuestros tejidos, en nuestra carne, en nuestro espíritu.

Las oraciones que cual amplio halo se elevan de la superficie terrena difieren entre sí en la misma medida en que lo hacen los individuos que las pronuncian. No obstante, todas ellas son múltiples variantes de dos únicos temas: afición y amor. Resulta enteramente legítimo implorar la ayuda de Dios para obtener lo que necesitamos; sin embargo, sería absurdo pedirle apoyo a fin de conseguir un capricho o deseo que sólo nuestro esfuerzo personal ha de procurarnos. La plegaria obstinada, vehemente, impetuosa, logra siempre éxito. Un ciego, a pesar de que las gentes intentaban hacerle callar, suplicaba al borde del arroyo, con voces cada vez más frías: «¡Tú te lo has salvado!», le dijo Cristo, que por allí pasaba. Pero claro está que en su forma más alta la oración deja ya de ser un ruego. El hombre expone entonces al Señor que él le ama, que le agradece todos los beneficios de su mano recibidos y que está dispuesto a cumplir siempre su voluntad, cualquiera que ésta sea. Aquí la oración llega a ser pura contemplación, como en el caso del pobre viejo del proverbio. Un viejo campesino estaba sentado, solo, en el último banco de la iglesia y sin que en ella ya nadie hubiese.

«¿Qué habéis aquí?—le preguntó alguien.

«Nada—respondió el anciano—. Miro al Señor y El también me mira.

Pero el valor de cualquier técnica se mide por sus resultados y cualquier técnica sobre la oración es buena, según esto, siempre que ponga al hombre en contacto con Dios.

IV.—DONDE Y CUANDO ORAR

Mas ¿dónde y cuándo orar? Es posible hacerlo en todas partes: en la calle, en el automóvil, en el vagón de ferrocarril, en la Universidad, en la oficina, en la fábrica. Sin embargo, se reza mejor en el campo, sobre los montes, entre los bosques y aun mejor todavía, sumidos en la soledad de nuestra alcoba. Existen también las oraciones litúrgicas, que se realizan dentro del templo. Mas sea cualquiera el lugar donde se haga, Dios no habla al hombre si éste no establece antes en sí mismo la paz. La paz interior, a la vez, depende de nuestro estado orgánico y mental y del medio en que estemos sumergidos. Esta íntima tranquilidad es muy difícil de obtener entre la confusión, el trasiego y la dispersión de la ciudad moderna. Actualmente hacen falta lugares de oración; en especial, iglesias, donde los habitantes de la ciudad puedan hallar, aunque sólo sea por unos momentos, las condiciones físicas y psíquicas indispensables para obtener su íntimo sosiego.

No sería ni difícil ni costoso crear así, en merita de la metrópoli, una especie de bellos y acogedores islotes de paz. El silencio de estos refugios, elevando su pensamiento a Dios, los hombres podrían dar reposo a sus músculos y a sus órganos, amainar la tensión de sus espíritus, esclarecer su razón y hallar la energía precisa para soportar mejor la dura existencia, con la que nos abruma nuestra civilización. Es únicamente habituándose a la oración como ésta puede actuar sobre el carácter. Por tanto, hace falta orar con frecuencia. «Piensa en Dios más a menudo de lo que respiras», decía Epiceto. Pero es absurdo el

permanecer fieles a la religión tradicional. En estos grupos es donde hoy resulta aún posible estudiar su influencia. El médico, entre sus innumerables efectos, es quien tiene especialmente ocasión de observar los que se denominan psicofísicos.

V.—EFECTOS PSICOFISICOS

La oración actúa sobre el espíritu y sobre el cuerpo en la misma medida de su propia calidad, intensidad y frecuencia. Es fácil conocer la frecuencia de la oración, así como también, en parte, su intensidad. Su calidad, en cambio, resulta siempre una incógnita indescifrable, porque nos está vedado controlar en absoluto la fe y la capacidad de amor del prójimo. Sin embargo, la manera de vivir del que reza puede mostrarnos bien la calidad de las invocaciones que éste dirige a Dios. Incluso cuando la oración es de escaso valor, y consiste únicamente en una repetición maquinal de fórmulas, ejerce de todos modos efecto sobre el comportamiento. Fortifica a la vez el sentido de lo sagro y el de lo moral. Así, los médicos en los que se practica la oración caracterizarse por una cierta persistencia del sentimiento del deber y de la responsabilidad, por un amortiguamiento de la envidia y la morosidad, y, en suma, por cierta bondad de los unos para con los otros. Parece demostrado que, en igualdad de desarrollo intelectual, el carácter y el valor moral de aquellos individuos que rezan, incluso de manera mediocre, son más elevados que en los que no lo hacen.

Cuando la oración es cotidiana y verdaderamente ferviente, su influencia llega a ser clarísima. Esta influencia resulta un tanto análoga a la de una glándula de secreción interna, tal como, por ejemplo, la suprarrenal o la tiroidea. Consiste en una especie de transformación mental y orgánica, que, además, se opera de manera progresiva. Se diría que en la profundidad de la conciencia se enciende una luz. El hombre se ve tal y como es. Descubre su egoísmo, su avaricia, sus errores, su orgullo. Se somete al cumplimiento del deber moral. Intenta lograr la humildad intelectual. Y se abre ante él el reino de la gracia... Poco a poco se produce en su ser una íntima quietud, una dulce armonía entre las actividades nerviosas y morales, una cada vez mayor resignación ante la pobreza, la calamidad, las dificultades y, en fin, una tal capacidad para soportar sin desfallecer la pérdida de los suyos, el dolor, la enfermedad y la muerte, que bien puede felicitarse aquel médico que vea a su paciente ponerse a rezar. Porque la calma engendrada por la oración es un poderoso agente auxiliar de la terapéutica. Pero la oración no debe, no puede ser asimilada a la morfina. La primera, al mismo tiempo que determina la calma produce también una integración total de las actividades mentales y una especie de florescencia de la personalidad, que a veces llega hasta el heroísmo. La oración impone a sus practicantes un sello especial: pureza en la mirada, tranquilidad en el semblante, serena alegría en la expresión, vitalidad en la conducta y, cuando es menester, simple aceptación de la muerte que se impone de mártir o de soldado. Y todo ello traduce bien a las claras la presencia de lo oculto tesoro que estos hombres poseen en el fondo de sus ór-

mulas, ejerce de todos modos efecto sobre el comportamiento. Fortifica a la vez el sentido de lo sagro y el de lo moral. Así, los médicos en los que se practica la oración caracterizarse por una cierta persistencia del sentimiento del deber y de la responsabilidad, por un amortiguamiento de la envidia y la morosidad, y, en suma, por cierta bondad de los unos para con los otros. Parece demostrado que, en igualdad de desarrollo intelectual, el carácter y el valor moral de aquellos individuos que rezan, incluso de manera mediocre, son más elevados que en los que no lo hacen.

Cuando la oración es cotidiana y verdaderamente ferviente, su influencia llega a ser clarísima. Esta influencia resulta un tanto análoga a la de una glándula de secreción interna, tal como, por ejemplo, la suprarrenal o la tiroidea. Consiste en una especie de transformación mental y orgánica, que, además, se opera de manera progresiva. Se diría que en la profundidad de la conciencia se enciende una luz. El hombre se ve tal y como es. Descubre su egoísmo, su avaricia, sus errores, su orgullo. Se somete al cumplimiento del deber moral. Intenta lograr la humildad intelectual. Y se abre ante él el reino de la gracia... Poco a poco se produce en su ser una íntima quietud, una dulce armonía entre las actividades nerviosas y morales, una cada vez mayor resignación ante la pobreza, la calamidad, las dificultades y, en fin, una tal capacidad para soportar sin desfallecer la pérdida de los suyos, el dolor, la enfermedad y la muerte, que bien puede felicitarse aquel médico que vea a su paciente ponerse a rezar. Porque la calma engendrada por la oración es un poderoso agente auxiliar de la terapéutica. Pero la oración no debe, no puede ser asimilada a la morfina. La primera, al mismo tiempo que determina la calma produce también una integración total de las actividades mentales y una especie de florescencia de la personalidad, que a veces llega hasta el heroísmo. La oración impone a sus practicantes un sello especial: pureza en la mirada, tranquilidad en el semblante, serena alegría en la expresión, vitalidad en la conducta y, cuando es menester, simple aceptación de la muerte que se impone de mártir o de soldado. Y todo ello traduce bien a las claras la presencia de lo oculto tesoro que estos hombres poseen en el fondo de sus ór-

mulas, ejerce de todos modos efecto sobre el comportamiento. Fortifica a la vez el sentido de lo sagro y el de lo moral. Así, los médicos en los que se practica la oración caracterizarse por una cierta persistencia del sentimiento del deber y de la responsabilidad, por un amortiguamiento de la envidia y la morosidad, y, en suma, por cierta bondad de los unos para con los otros. Parece demostrado que, en igualdad de desarrollo intelectual, el carácter y el valor moral de aquellos individuos que rezan, incluso de manera mediocre, son más elevados que en los que no lo hacen.

V.—EFECTOS DE LA ORACION

Indudablemente, la oración produce efecto si se hace en condiciones adecuadas. «Nadie reza sin aprender siempre algo nuevo»—ha escrito Ralph W. Emerson—. Y pese a ello, la plegaria está considerada por los hombres modernos como una costumbre trasnochada, como una vana superstición, cual resto de barbarie. Nosotros, en realidad, casi desconocemos sus efectos.

¿A qué se debe esta ignorancia? Ante todo, a lo extraño, a lo desusado de la oración. El sentido de lo sagrado está en vías de desaparición dentro de los hombres civilizados. Es probable que el número de franceses habituados a rezar no pase hoy de un cuatro o cinco por ciento de la población total. Además, la oración es muy a menudo estéril. La mayoría de los que rezan son seres egoístas, hipócritas, fariseos, incapaces de fe y de amor. Por último, los efectos de la oración, en caso de producirse, suelen darse de manera insensible, pausada, casi casi imperceptible. La vocería que susurra misas en respuesta en el fondo de nosotros mismos es acogida con facilidad por los ruidos del mundo. Del mismo modo, los resultados materiales de nuestras plegarias se presentan llenos de oscuridad; muchas veces los confundimos con otros fenómenos. Incluso sacerdotes, pocas gentes han tenido ocasión de observarlos con precisión. Y los médicos, por falta de interés, dejan a menudo pasar ante ellos sin estudiarlos los casos que se hallan a su alcance. Por añadidura, los observadores se desorientan con frecuencia viendo cuán lejos está el resultado real del que ellos esperaban. Por ejemplo, aquel que piden el sanar de alguna enfermedad orgánica prosigue enfermo, pero en cambio sufre una profunda e inexplicable transformación moral. No obstante, aunque extraña al conjunto de la población, la costumbre de rezar es relativamente frecuente dentro de los grupos que han



mulas, ejerce de todos modos efecto sobre el comportamiento. Fortifica a la vez el sentido de lo sagro y el de lo moral. Así, los médicos en los que se practica la oración caracterizarse por una cierta persistencia del sentimiento del deber y de la responsabilidad, por un amortiguamiento de la envidia y la morosidad, y, en suma, por cierta bondad de los unos para con los otros. Parece demostrado que, en igualdad de desarrollo intelectual, el carácter y el valor moral de aquellos individuos que rezan, incluso de manera mediocre, son más elevados que en los que no lo hacen.

Cuando la oración es cotidiana y verdaderamente ferviente, su influencia llega a ser clarísima. Esta influencia resulta un tanto análoga a la de una glándula de secreción interna, tal como, por ejemplo, la suprarrenal o la tiroidea. Consiste en una especie de transformación mental y orgánica, que, además, se opera de manera progresiva. Se diría que en la profundidad de la conciencia se enciende una luz. El hombre se ve tal y como es. Descubre su egoísmo, su avaricia, sus errores, su orgullo. Se somete al cumplimiento del deber moral. Intenta lograr la humildad intelectual. Y se abre ante él el reino de la gracia... Poco a poco se produce en su ser una íntima quietud, una dulce armonía entre las actividades nerviosas y morales, una cada vez mayor resignación ante la pobreza, la calamidad, las dificultades y, en fin, una tal capacidad para soportar sin desfallecer la pérdida de los suyos, el dolor, la enfermedad y la muerte, que bien puede felicitarse aquel médico que vea a su paciente ponerse a rezar. Porque la calma engendrada por la oración es un poderoso agente auxiliar de la terapéutica. Pero la oración no debe, no puede ser asimilada a la morfina. La primera, al mismo tiempo que determina la calma produce también una integración total de las actividades mentales y una especie de florescencia de la personalidad, que a veces llega hasta el heroísmo. La oración impone a sus practicantes un sello especial: pureza en la mirada, tranquilidad en el semblante, serena alegría en la expresión, vitalidad en la conducta y, cuando es menester, simple aceptación de la muerte que se impone de mártir o de soldado. Y todo ello traduce bien a las claras la presencia de lo oculto tesoro que estos hombres poseen en el fondo de sus ór-

ganos y de su espíritu. Bajo esta influencia, incluso los ignorantes, los retrasados mentales, los débiles, los mal dotados utilizan mejor sus fuerzas intelectuales y morales. Podría afirmarse que la oración eleva a los individuos por encima de la estatura psíquica y racional que les corresponde por su herencia y su educación. El contacto con Dios les impregna de paz. Y la paz respaldada en ellos. Y ellos la llevan por doquiera. Desgraciadamente, hoy en día no existen en el mundo más que unos cuantos, muy pocos, que sepan rezar de manera efectiva.

VII.—EFECTOS CURATIVOS

Son los efectos curativos de la oración lo que en todas las épocas llamó más la atención de los hombres. Aun ahora, dentro de los círculos piadosos contemporáneos, es frecuente oír hablar de innumerables curaciones, únicamente debidas a las plegarias, dirigidas con tal fin a Dios

al cura de Ars fueron ciertos. Y este conjunto de fenómenos nos introduce en un mundo nuevo, cuya exploración todavía no ha comenzado, a pesar de prometernos ser tan fértil en sorpresas. Mas lo que a sabemos de manera irrefutable es que la oración provoca efectos tangibles. Por extraño que nos parezca, debemos considerar como cierto aquello de que el que pida recibirá, y quien a la puerta llamare será atendido.

VIII.—SIGNIFICADO DE LA ORACION

En suma; todo sucede cual si Dios escuchase al hombre y le respondiera. Los efectos de la oración no son ninguna ilusión. No es posible reducir el sentido de la oración a la angustia experimentada por el hombre frente a los peligros que le acechan o frente al arcano del cosmos. Ni tampoco convertir la oración en una droga cualquiera o en un remedio contra nuestro miedo al sufrimiento, la enfermedad o la muerte. ¿Qué significado tiene entonces lo sagrado? Y dentro de la propia vida, ¿qué puesto asigna la propia Naturaleza a la oración? En verdad, uno muy importante. Durante casi todas las épocas, los hombres han rezado. La urbe antigua era primordialmente una institución religiosa. Los romanos levantaban templos por doquier.

Nuestros antepasados del medievo pavimentaron con catedrales y capillas góticas el área de la cristiandad. En nuestros días, incluso por cima de cada aldea vemos un campanario. Y los conquistadores europeos, al instaurar la civilización de Occidente en el Nuevo Mundo, contaron tanto con las iglesias como con las universidades y las industrias. Orar, en el curso de nuestra historia, fué una necesidad tan elemental como la de conquistar, construir, trabajar o amar. Sin duda, el sentido de lo sagrado parece ser un impulso, que nace de lo más hondo de nuestra existencia; una actividad fundamental. Dentro de un determinado grupo humano, sus variantes están casi siempre relacionadas con otras básicas actividades: la conciencia, el carácter y, a veces, el sentido de lo bello. Y ha sido esta parte de nuestra personalidad tan importante la que hemos dejado atrofiar y a menudo desaparecer.

Es necesario recordar que el hombre no puede conducirse sin riesgo a merced de su fantasía. Para triunfar, la vida debe seguir las inmutables reglas, dependientes de su misma estructura. Corremos un grave peligro cuando permitimos que se extinga dentro de nosotros alguna actividad esencial, bien sea ésta de orden físico, intelectual o psíquico. El deficiente desarrollo, por ejemplo, de los músculos, del esqueleto o de las funciones no racionales del espíritu como la atrofia del intelecto y la conciencia en algunos atletas. Se registran innumerables casos de familias sanas con las universidades y las industrias. Orar, en el curso de nuestra historia, fué una necesidad tan elemental como la de conquistar, construir, trabajar o amar. Sin duda, el sentido de lo sagrado parece ser un impulso, que nace de lo más hondo de nuestra existencia; una actividad fundamental. Dentro de un determinado grupo humano, sus variantes están casi siempre relacionadas con otras básicas actividades: la conciencia, el carácter y, a veces, el sentido de lo bello. Y ha sido esta parte de nuestra personalidad tan importante la que hemos dejado atrofiar y a menudo desaparecer.

Prácticamente todas las funciones morales y religiosas están ligadas unas a otras. Lo moral se desvanece ante lo sagrado. El hombre no ha logrado construir, como Sócrates lo intentara, un sistema ético con independencia a cualquier doctrina religiosa. Las sociedades en las que desaparece el imperativo de la oración no se hallan lejos de la degeneración. Y he aquí el porqué todos los hombres civilizados—asi creducos como incrédulos—deben interesarse por este grave problema del desarrollo de las actividades básicas que cada cual es capaz de realizar.

Pero ¿por qué razón el sentido de lo sagro juega un tan importante papel en la vida? ¿Por qué mecanismo la oración actúa sobre nuestro ser? Aquí tenemos por fuerza que abandonar el dominio de la observación para caer en la hipótesis. Mas la hipótesis, incluso aventurada, es imprescindible para el progreso del conocimiento. Ante todo se hace preciso recordar que el hombre es un todo indivisible, compuesto de tejidos, líquidos orgánicos y conciencia. El hombre, pues, no está enteramente comprendido en las cuatro dimensiones de espacio y tiempo. Pues la conciencia, si reside en nuestros órganos, se prolonga también fuera del continuo físico. Por otra parte, el cuerpo vivo, al que podríamos creer independiente de su medio material, es decir, del universo físico, es en realidad inseparable de éste. El cuerpo se halla íntimamente ligado al medio sensible por su incesante necesidad de oxígeno, que lo toma del aire, y de alimentos, que los obtiene de la tierra. Luego entonces ¿no es lícito creer que cada cual se halla también sumergido en un medio espiritual que le resulta tan imprescindible para vivir como el mismo universo material? Es decir, la tierra y el aire? Y ¿podría ser otro este medio que el del ser inmanente a todos los seres, y trascendente a ellos, al que llamamos Dios? He aquí el porqué la oración puede y debe considerarse como nexo o agente de las condiciones naturales habidas entre la conciencia y su propio medio, y a la par como actividad biológica, dependiente de nuestra estructura. En otros términos: como función normal de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu.

IX.—CONCLUSION

En resumen: por su articulación con otras funciones del espíritu, el sentimiento religioso reviste singular importancia; él nos pone en contacto con la misteriosa inmensidad del mundo espiritual. Es mediante la oración como el hombre va a Dios y como Dios penetra en el hombre. Orar resulta indispensable para obtener el óptimo desarrollo. Jamás debemos tomar la oración como acto al que sólo se entregan los débiles de espíritu, los que algo precisan, los cobardes. «Orar es vergonzoso»—escribió Nietzsche. En realidad no es más vergonzoso orar que beber o respirar. El hombre experimenta necesidad de Dios, exactamente igual que precisa agua y oxígeno. Junto a la intuición, a la conciencia, al sentido de lo bello y a la luz de la inteligencia, lo religioso da a la personalidad su pleno y último desarrollo. Nos es imposible dudar de que para triunfar la vida exige el desenvolvimiento integral de cada una de nuestras actividades y fisiológicas, intelectuales, afectivas y espirituales. Necesitamos, pues, amar y belleza de la Ciencia, pero también la de Dios. Y así, escuchar también a Pascal con el mismo fervor que a Descartes.

Cartas a Inglaterra

Por JULIAN AYESTA

CARTA PRIMERA A JUAN APARICIO

CANCION PRELIMINAR PARA QUITAR LA PEREZA

ES hermoso volar (1) sobre Inglaterra, España y Francia, Juan Aparicio, sin contar el Canal de la Mancha (2).



Apaciento, Aparicio, ¡qué cansados estamos de vivir de recuerdos, de extender nuestras manos y encontrar sólo fechas en lugar de aeroplanos!

Pero España es distinta, oh, Juan, y no lo siento; hay un poco de esnob (4) en esto que te cuento.

Es una nación macho, de corteza muy dura, pero al calor dentro hay afecto y blandura.

¡Im sorry, Aparicio, me acaban de avisar que el té se está enfriando y tengo que bajar.

NOTAS



(Mi intención, cuando empecé la canción preliminar para quitar la pereza, era escribir la continuación de la primera carta de Inglaterra de una manera completamente formal.

(1) He ido en avión desde Madrid a Londres. El viaje duró cuatro horas, el pasaporte y el visado, cuatro semanas.

Para tratar inteligentemente sobre este asunto basta con eso: cualquier ser humano, ha viajado por el extranjero y sabe leer y escribir correctamente el español.

No quiero citar a Spengler, porque ni está de moda (la frase, tan conocida desgraciadamente, de que es un filósofo para viajeros de tercera clase) ni he leído su obra.

Prescindiendo de la supresión absoluta de los pasaportes—que supondría cosas tan manifiestamente imposibles como un poco de sentido común en las relaciones internacionales—y conformándonos con que se tramitaran rápidamente, vemos clarísimamente que sería más fácil un hombre de la Edad de Piedra, en un soberbio esfuerzo, construir un solo avión de un hecho un tetramotor.

Porque hablar del viaje propiamente dicho como lo principal, resulta ahora tan absurdo como podría resultar hace unos siglos.

(2) Volamos sobre España entre las diez y media de la mañana y las once y media, poco más o menos; sobre Francia—sobre Bretaña y la parte occidental de Normandía—, una hora y poco más tarde; y sobre Inglaterra poco antes de las dos de la tarde, hora española.

Quitando la cornisa cantábrica—pasamos ligeramente al este de Bilbao y salimos al mar casi por encima de Plencia—, el resto de España era puro 88—es decir, dorado, brillante, casi sin caminos, pero emocionantemente pura y bella.

(3) Volamos sobre España entre las diez y media de la mañana y las once y media, poco más o menos; sobre Francia—sobre Bretaña y la parte occidental de Normandía—, una hora y poco más tarde; y sobre Inglaterra poco antes de las dos de la tarde, hora española.

hacer una teoría de Inglaterra desde el avión. Sin embargo, quiero confesarte una cosa que me puso bastante triste: casi todos los tópicos que se dicen en los libros cuando se compran Inglaterra, Francia y España, son verdad. Incluso los de Madariaga. Yo mismo, queriendo ser honrado al escribir estas notas, no hago más que repetir lo que saben en España hasta los catedráticos.

En este terreno de la Historia comparada de Europa, el esnobismo es un síntoma de asombro ante lo nunca visto, que se proyecta sobre una vanidad ingenua, sana y profundamente social.

No sé lo que dice a los parroquianos, ni lo que los parroquianos le preguntan, ni siquiera si hay parroquianos. No sé nada.

Algunas veces pensé que debía entrar y salirme, pero siempre me contaba un presentimiento. Algo como un vago temor de perder aquella puerta al Misterio abierta humildemente en plena calle, entre restauraciones de fachadas y empíricas exposiciones de cuartos de baño.

BUENO, creo que basta por hoy. A pesar de mi desamor de ser breve, me he extendido demasiado y comprendo que tendrás alguna ocupación además de leer EL ESPAÑOL.

Para el próximo número—Dios mediante—, en vez de la carta formal que había prometido al principio, te enviaré las notas que quedan. Es decir, sobre el "cricket", sobre el amor en los parques sin "moon", que en español quiere decir verjas—, sobre el paisaje inglés (una cosa casi lírica bastante buena), y, en fin, una posdata que todavía no he escrito y que ya veremos cómo me sale.

Y nada más. Por aquí, bueno, por estos días. Y ya era hora, porque no hemos tenido verano.

Cambridge, 26 de septiembre de 1946.

(3) Cito esto de la Armada Invenible, porque en Inglaterra—Mr. Starke es irlandés—sólo conocen tres cosas de la historia de España: la Armada, la guerra contra Napoleón y Franco.

(4) El esnob en este caso es un síntoma de asombro ante lo nunca visto, que se proyecta sobre una vanidad ingenua, sana y profundamente social.

(5) Pero lo mejor son las librerías y secciones de lectura. Son todas igual. En el escaparate hay un florero con unas flores increíblemente misteriosas, como cogidas aquel mismo amanecer en los jardines de ultratumba, donde Mrs. Mary Baker pasa melancólicamente del brazo de Dios.

Dentro de la tienda hay un mostrador de cristal. Es un cristal verdoso, un poco turbador, como el atán de Cristo que se saca el día de Viernes Santo. Detrás del mostrador hay una señora de mejillas entre rosa y lila, bastante gorda, de lentes y vestido de flores.

Los añados vencedores han conformado este proceso bajo el signo de la justicia. Todo es discutible en buena democracia. Pero hace falta otro signo: el de la injusticia frentepopulista, típicamente frentepopulista, para que los últimos estratos teutones, manejando una responsabilidad relativa, originen este espectáculo:

Nuremberg, 4.—La esposa del general Jodi trató en vano de telegrafiar al mariscal Montgomery, al general Eisenhower, a la viuda de Roosevelt y al general Juin. Todos estos telegramas han sido devueltos por la Oficina de Correos, diciendo que no pueden cursarse por estar prohibidas las comunicaciones telegráficas internacionales para los alemanes.

Anteriormente, el telegrama enviado a Eisenhower había sido devuelto con otro pretexto: se ignoraba el domicilio del gran militar norteamericano.

El proceso de Nuremberg sería menos discutible si al lado de los animadores del III Reich hubiesen figurado, efectivamente, todos los agresores de los últimos tiempos. Alemania, como Rusia, inició la agresión lanzándose contra Polonia. Ahora, mientras von Ribbentrop le apresuradamente cualquier novela que le quedó pendiente en su agitada vida política, Molotov desfila en automóbv blindado por las calles de París.

En la catástrofe iniciada en septiembre de 1939 ha habido muchos agresores. En el proceso de Nuremberg los agresores de Polonia, los agresores de Finlandia, los agresores de Estonia, los agresores de Letonia y los agresores de Lituania no se sentaron al lado de Goering, sino al lado de sir Geoffrey Lawrence. No fueron acusados, sino acusadores. Lo que puede invitarnos a pensar que en lo sucesivo, aceptado el ejemplo de estas calendas, el vencedor, aunque sea agresor, condenará jurídicamente al vencido. Y lo ajusticiará.

Así, el proceso de Nuremberg puede ser para Sumner Welles un maravilloso adelanto de la civilización. Pero así, puede ser también—que tanto monta—un formidable regreso a los tiempos primitivos.

Civilización. (Dice bien Ayesta en esta página.) Un vuelo de 17.000 kilómetros sin escala, la penitencia, el radar y la luna, la investigación atómica, el proceso de Nuremberg, libertades más o menos democráticas y democracia con mayor o menor libertad humana...

Y de la felicidad de los hombres y de la alegría de los hombres, ¿qué?

La capa de celofán

Democracia a la MEDIDA

De nuevo la guerra—dicen—ha precipitado el progreso de la técnica, y el nombre se autocontempla con admiración. Desde luego, suponemos que deben ser admirables ese salto de la morosa «Tortuga», ese vuelo, sin escala, de 17.000 kilómetros; ese golpe dado a la luna con el radar, esa ecuación atómica con alcances más o menos infinitos...

El espectador de este mundo que circula confusamente tiene bastante, a veces, con recoger y archivar algún que otro texto de esta vida democrática que se incomoda quizá contra la Democracia y desde luego contra la Ética. Suponemos que también contra la Estética, a pesar de la exacta contraposición de que nos tiene informados el leal saber de Eugenio Montes.

Estos textos, que se pierden en la agrupación de telegramas periodísticos, nos parecen tremendos en ocasiones, aunque pasen insensiblemente ante la vista del lector. El lector—en el mundo—debe de tener ya algo de estoico; debe de estar cubierto por cierta capa de gelatina, o más bien como por un papel de celofán, pegado a la epidermis, que le insensibiliza frente al contagio dramático de la tierra.

Los añados vencedores han conformado este proceso bajo el signo de la justicia. Todo es discutible en buena democracia. Pero hace falta otro signo: el de la injusticia frentepopulista, típicamente frentepopulista, para que los últimos estratos teutones, manejando una responsabilidad relativa, originen este espectáculo:

Nuremberg, 4.—La esposa del general Jodi trató en vano de telegrafiar al mariscal Montgomery, al general Eisenhower, a la viuda de Roosevelt y al general Juin. Todos estos telegramas han sido devueltos por la Oficina de Correos, diciendo que no pueden cursarse por estar prohibidas las comunicaciones telegráficas internacionales para los alemanes.

Anteriormente, el telegrama enviado a Eisenhower había sido devuelto con otro pretexto: se ignoraba el domicilio del gran militar norteamericano.

El proceso de Nuremberg sería menos discutible si al lado de los animadores del III Reich hubiesen figurado, efectivamente, todos los agresores de los últimos tiempos. Alemania, como Rusia, inició la agresión lanzándose contra Polonia. Ahora, mientras von Ribbentrop le apresuradamente cualquier novela que le quedó pendiente en su agitada vida política, Molotov desfila en automóbv blindado por las calles de París.

En la catástrofe iniciada en septiembre de 1939 ha habido muchos agresores. En el proceso de Nuremberg los agresores de Polonia, los agresores de Finlandia, los agresores de Estonia, los agresores de Letonia y los agresores de Lituania no se sentaron al lado de Goering, sino al lado de sir Geoffrey Lawrence. No fueron acusados, sino acusadores. Lo que puede invitarnos a pensar que en lo sucesivo, aceptado el ejemplo de estas calendas, el vencedor, aunque sea agresor, condenará jurídicamente al vencido. Y lo ajusticiará.

Así, el proceso de Nuremberg puede ser para Sumner Welles un maravilloso adelanto de la civilización. Pero así, puede ser también—que tanto monta—un formidable regreso a los tiempos primitivos.

Civilización. (Dice bien Ayesta en esta página.) Un vuelo de 17.000 kilómetros sin escala, la penitencia, el radar y la luna, la investigación atómica, el proceso de Nuremberg, libertades más o menos democráticas y democracia con mayor o menor libertad humana...

La noticia del fallecimiento del primer ministro sueco en un tranvía ha sorprendido un poco en estos climas, donde el coche oficial está unido al cargo de algún vuelo. El espíritu democrático de los latinos calificaría esta conducta, en alguno de nuestros ministros, de temeridad extraordinaria. "Eso sí que es democracia", se ha comentado con admiración. Evidentemente, esto es una marca democrática en toda la amplitud popular que tiene este solemne vocablo. Pero Suecia no cuenta, entre la historia de sus demócratas, con un Paúl y Angulo o con un Casanellas. Nuestros ejemplos de Prim, de Cánovas, de Canalejas y de Dato, además de todos los atentados frustrados, justifican plenamente que nuestros ministros, hasta que se reforme nuestro sentido de la democracia, se parapeten en coches bien escoltados.

¿Qué opinión hubiera tenido de la democracia el rey Gustavo, si pudiera contar, como Alfonso XIII, entre las anécdotas de sus súbditos, la bomba disimulada en un ramo de flores, arrojada por el demócrata Mateo Morral sobre su cortejo nupcial?

Nuestra democracia tiene que atemperarse con nuestra singularidad; por lo menos, hasta que cesemos en nuestra caza de primeros ministros. Decíamos, en otra ocasión, que teníamos que salir al paso de un tipo de democracia producido por la guerra. O de dos tipos de democracia: la anglosajona y la soviética, fundamentalmente distintas, esencialmente antagónicas. La democracia, no ésta o aquella, se cae de puro vieja. Los ingleses levantan la mano para la libre escandalera de unas elecciones, y toda la efusión democrática se reduce a manifestarse alegremente delante de las verjas del Palacio de Buckingham, para aplaudir al rey. Sin embargo, en Portugal levantaron la mano, el otoño pasado, para la celebración de sus elecciones y se enzarzaron a tiros los ciudadanos demócratas de Escariz y de Gravelos. El mero anuncio gubernamental de abrir el grifo de las libertades nos obliga a echarnos algo agresivo al bolsillo.

Tememos que levantar una democracia que no permita la convivencia, sin pretender llegar a esa estúpida perfección de reservar los coches oficiales de los primeros ministros sólo para las ocasiones solemnes.

Nos contentaríamos con una mínima reforma de nuestro espíritu democrático, que nos garantizara algunas cosas. Por ejemplo: criticar a la Administración por sus posibles desaciertos, y no por ser la Administración. Poder ejercer el derecho del sufragio, sin apremiarlos a la necesidad de comprar una pistola a cualquier precio. Tener una preocupación más acuciante de construir que de demoler.

Los españoles podemos entrar en un estimable período democrático si nos deja el mundo. Esto podrá parecer un contrasentido, puesto que aparentemente el mundo desea nuestra democratización. Pero mientras el mundo siga dando beligerancia a los "comandante Carlos" que, democráticamente, vienen a instaurar un régimen de violencia, no tendremos remedio. Lo que tenemos que desterrar previamente es la violencia y la agresión, si queremos abrir un período de convivencia nacional. El mundo tiene esta pintoresca manera de desearnos una democracia. Yo dudo mucho de esa fórmula propugnada en los "medios sensatos" de una democracia, para zurrar la badana a los extremistas: a los extremismos comunistas y a los extremismos nacionalistas. Unos hombres de segundos pisos imaginarios, como dice Ortega, para poder representar una comedia de grandes actitudes. ¡Si de lo que se trata es de no perpetuar las zurras! Convivir. No para que los primeros ministros vayan de su casa a la Presidencia en un tranvía, que esto es un lujo, sino para vivir en paz de una vez, que nos hace mucha falta.

En el proceso de Nuremberg los agresores de Polonia, los agresores de Finlandia, los agresores de Estonia, los agresores de Letonia y los agresores de Lituania no se sentaron al lado de Goering, sino al lado de sir Geoffrey Lawrence. No fueron acusados, sino acusadores. Lo que puede invitarnos a pensar que en lo sucesivo, aceptado el ejemplo de estas calendas, el vencedor, aunque sea agresor, condenará jurídicamente al vencido. Y lo ajusticiará.

Así, el proceso de Nuremberg puede ser para Sumner Welles un maravilloso adelanto de la civilización. Pero así, puede ser también—que tanto monta—un formidable regreso a los tiempos primitivos.

Civilización. (Dice bien Ayesta en esta página.) Un vuelo de 17.000 kilómetros sin escala, la penitencia, el radar y la luna, la investigación atómica, el proceso de Nuremberg, libertades más o menos democráticas y democracia con mayor o menor libertad humana...

Y de la felicidad de los hombres y de la alegría de los hombres, ¿qué?